

# ALARMA EN EL EXPRESO

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

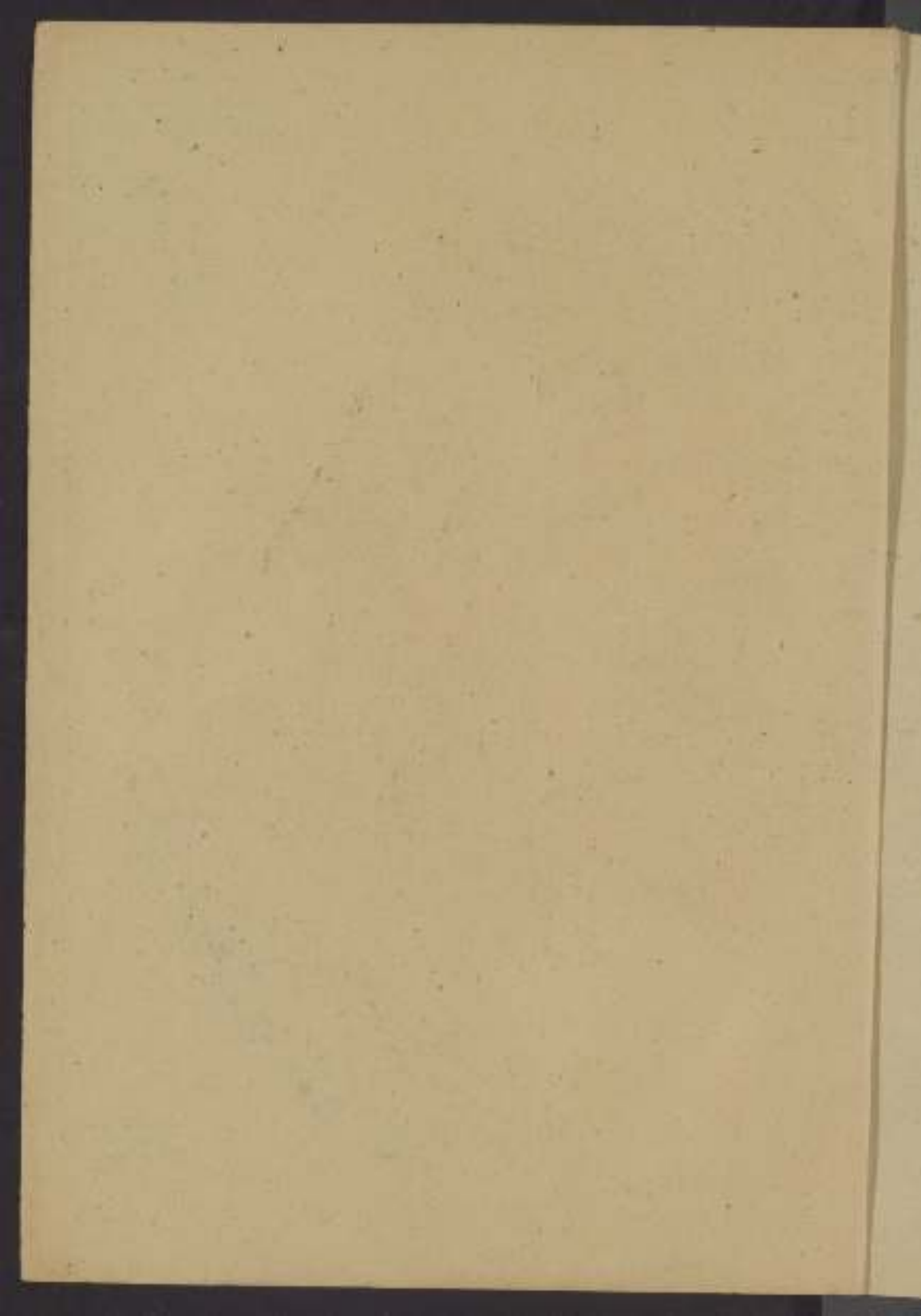


Editorial Japas

SERIE ALFA

2'50  
PTS.

MICHAEL REDGRAVE - MARGARET LOCKWOOD - PAUL LUKAS





АЛЪЯМЯ ЕН

ЕЪ ЕХРЕСО

Reservados los derechos de  
reproducción y distribución

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAQUER  
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:  
Valencia, 204 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70037 - Barcelona

AGENTS DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Barcloneta, 10, Barcelona -

EDITORIAL  
**AFS**

Publicación semanal

AÑO XVII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
SERIE ★ ALFA

NUM. 295

## ALARMA EN EL EXPRESO

DENTRO de un argumento en el que la emoción se manifiesta en todas sus escenas, ALARMA EN EL EXPRESO contiene también esa nota irónica llena de gracia, que hace que el interés no decaiga un solo instante y que todos sus personajes tengan una definición propia de su personalidad, para hacer más patente su fuerza dramática y su vía cómica.

CREACION DE M. LOCKWOOD  
M. REDGRAVE

EXCLUSIVAS EXCELSA, S. L.  
CINEMATOGRAFICAS

Aragón, 271, entr. BARCELONA Teléfono 82441

INTÉRPRETES PRINCIPALES

Matilde. . . . . Margaret Lockwood  
Gilbert. . . . . Michael Redgrave

---

Dirección de:  
**ALFRED MITCHELL**

---

---

Narración literaria de la novela  
**MANUEL NIETO GALÁN**



# ALARMA EN EL EXPRESO

RESUMEN ARGUMENTO  
DE LA PELÍCULA

## UNA PARADA OBLIGADA

**E**l temporal de nieve que en aquellos días había azotado la región de Kosto, había obligado al expreso de aquel día a detenerse. El fuerte temporal había interceptado la vía y al llegar a la estación de Kosto no hubo más remedio que detener la marcha para esperar a que el servicio de limpieza de la compañía de ferrocarriles dejara expedita la vía.

Al principio, el jefe de la estación dijo que solamente se trataba de unas horas, y los viajeros, para no esperar dentro del tren, acudieron al único hotel que existía en aquella población para esperar que llegase el momento oportuno de la marcha.

Fué una verdadera invasión la

que se metió dentro del hotel, y el pobre dueño se desesperaba por atender a todos, aun cuando no tenía ni sitio ni alimentos suficientes para poder satisfacer las exigencias de todos los viajeros.

Después de más de una hora de espera y de haber llamado el dueño del hotel varias veces al jefe de estación por teléfono, les comunicó a los que esperaban la salida del convoy:

—Señoras y caballeros: Desgraciadamente, el convoy no podrá continuar su marcha hasta mañana. Aquellos que deseen quedarse en este hotel, que hagan el favor de reservar sus habitaciones inmediatamente.

Y esta misma advertencia, que había sido hecha en italiano, fué re-

petida en francés y en español, para que nadie quedase sin enterarse de ella.

Entre los que esperaban la salida del tren había dos sujetos que eran dos de esos tipos propiamente ingleses, incapaces de inmutarse por nada. Iban a Baslo para presenciar un partido entre dos equipos rivales y se hacían ya a la idea de que no llegarían a tiempo.

Al ver que los demás pasajeros se echaron materialmente sobre el libro registro del hotel para inscribirse y conseguir una habitación, uno de estos dos tipos, o sea el más viejo de ellos, que tenía además fama de glotón, le preguntó a su compañero:

—¿A qué se debe este barullo, Charters?

—¿No lo has oído, Cladicott? —le contestó su compañero—. Hay que apresurarse si queremos una habitación.

Pero cuando más afanados estaban los viajeros para que les atendiese el dueño, se abrió la puerta y entraron tres muchachas. El dueño, al verlas, abandonó todo y se fué a su encuentro, saludándolas;

—¿Cómo está usted, miss Matilde Iris Henderson? ¿Y usted, Julieta? ¿Y usted, Blanquita? No saben ustedes el placer que siento de volverlas a ver otra vez.

—Yo me alegro mucho de verle, Boris—le respondió Matilde—. No ha cambiado usted nada desde el viernes pasado.

Por lo que se veía, aquella muchacha debía pagar espléndidamente, porque Boris no se ocupaba de otra cosa que de serle agradable.

—¿Tampoco se ha afeitado usted?—le preguntó Blanca.

—Bueno, dejarse ya de tonterías —intervino Julia, dirigiéndose a Boris—. ¿Está todo listo?

—Todo—respondió con satisfacción Boris—. Hasta les he reservado las mismas habitaciones. Nada está cambiado.

—Ni siquiera las sábanas, ¿verdad?—preguntó, riendo, Matilde—. ¡Quiénois Boris!

El dueño del hotel, esforzándose en ser lo más amable posible, las acompañó hasta la mitad de las escaleras, sin preocuparse de las protestas de los viajeros, que se veían abandonados por la llegada de aquellas tres muchachas.

No hacía falta ser muy listo para comprender que las tres amigas eran tres muchachas educadas a la moderna, y que pasaban allí o debían haber pasado unos días esquilando y que además debían ser tres herederas ricas, a juzgar por el trato que recibían.

El que más protestaba de todos



los viajeros era Charters, que le decía a su amigo:

—Buena suerte hemos tenido. Aquí parados nos vamos a helar hasta los huesos.

—¿Qué quieres encontrar en una capital de tercer orden?

—¿Y quiénes serán esas mujeres?

—volvió a preguntar Charters.

—Probablemente, americanas... No hay más que ver a ese Morris cómo las adula... El dólar, amigo mío. Es el dólar todopoderoso.

Charters quedó unos segundos en silencio, y al fin dijo otra vez a su amigo, pensando en el único motivo de aquel viaje:

—Suponiendo que no nos queda más remedio que aguardar... Si por lo menos no hubiésemos perdido el otro tren...

—No tengo intención de inculparte—le respondió el más joven de los dos amigos—, pero si tú no hubieras insistido en hacerme esperar a que terminases de comer aquel bifeec...

Charters, que admitía toda clase de bromas menos con la comida, adoptó un aire de gravedad y le respondió:

—Debes respetarme más... Además, ¿cómo iba yo a saber que tardaría veinte minutos?

—Pues yo veo muy negro el panorama—le dijo Charters—. Aun-

que tengamos la suerte de salir mañana, aun tenemos que hacer el transbordo y quizá tengamos que aguardar varias horas.

Pero entro unas cosas y otras, mientras ellos hablaban y hacían todos aquellos comentarios, los demás viajeros iban aprovechándose de todas las habitaciones, hasta que quedaron ellos los últimos. Cuando ya se vieron solos con el dueño, Cladicot le dijo a Boris:

—Quisiéramos una habitación privada, con baño...

—Sí, y con vistas a la montaña —le dijo su amigo, para darle más detalles.

—Y con ducha.

El dueño sonrió ante todas aquellas peticiones, y al fin les respondió:

—Solamente puedo proporcionarles el cuarto de la criada, caballeros.

—¿Qué dice usted?—exclamó indignado Charters—. ¿El cuarto de la criada?

—Es lo único que me queda libre. El hotel está lleno, señor.

—Pero eso no puede ser—exclamó Cladicot.

—Supongo que no esperará usted que nosotros nos metamos en el cuarto de una criada —exclamó Charters.

—Les advierto que la criada dormirá en otra parte.

—Antes prefiero dormir en el tren—expuso Cladcott.

—Hagan lo que quieran—les advirtió el dueño—, pero ya saben que en el tren no hay calefacción.

Ante aquella advertencia no hubo más remedio que acceder a tomar la habitación que les cedía el dueño del hotel, quien al final les hizo una nueva advertencia, diciéndoles:

—Solamente debo pedirles que hagan el favor de dejar a la criada que haga uso de su guardarropa... No les molestará en nada.

Y como dio la casualidad que la criada pasaba en aquel instante por allí, la llamó, diciéndole:

—Oiga, Ana...

Y volviéndose a los viajeros les siguió diciendo, mientras llegaba la muchacha:

—Es una chica excelente.

Llegó Ana y el dueño le advirtió que había hecho uso de su cuarto. Ana era una muchacha de unos veinte años. Fuerte y guapa, con esa belleza natural de las campesinas, y en quien jamás desaparecía la sonrisa de los labios. Su presencia no pudo menos que halagar a los dos

amigos, y más aún al ver con qué complacencia tomaba la muchacha la indicación de que cediese su habitación a aquellos dos señores.

—Menos mal que el humor no le falta—dijo Cladcott, al ver sonreír a la muchacha.

Charters también hizo su comentario, diciendo:

—Me siento cual un niño grande. Esta situación es desde luego embarazosa... Quiero decir, lo de nuestra habitación y esa chica...

—Lástima que no haya podido dar una a cada uno—le dijo su amigo.

Al dueño del hotel le pareció que el pasajero quería decir otra cosa y preguntó:

—¿Qué es lo que quiere usted decir?

—Que es una lástima que no tengamos un cuarto cada uno.

—¡Ah! Eso es otra cosa.

Y ante la invitación de la criada para que les siguiese a su habitación, los dos amigos abandonaron el recibidor del hotel y la siguieron hasta las habitaciones del último piso, donde estaba el dormitorio de Ana.

## TRES BUENAS AMIGAS

JULIA, Blanca y Matilde eran tres amigas excelentes. Las tres tenían la misma edad, las tres eran hijas de tres millonarios americanos y las tres disfrutaban de una libertad absoluta, de acuerdo con la educación que habían recibido.

Las tres juntas salieron del pensionado y juntas también recorrieron medio mundo, sin preocuparse de otra cosa que de divertirse y de disfrutar de su juventud y de su dinero.

Llegaron a aquel hotel y allí estuvieron unos días, hasta que ciertos rumores alarmantes sobre aquel país les hizo marcharse. Sin embargo, al darse cuenta de que nada era cierto y de que por otra parte ellas no tenían nada que ver con la poli-

tica de aquella nación, volvieron de nuevo y ya hemos visto con la alegría que el dueño las recibió, señal indudable de que los dólares de las muchachas no andaban escasos.

Sin embargo, aquella amistad tenía, si no que romperse, por lo menos que distanciarse a causa de un próximo matrimonio. Matilde iba a casarse. Su padre había arreglado aquella boda con un muchacho muy rico y que según el padre de la joven le convenía mucho. Claro está que en aquellas relaciones no había entrado para nada el amor, pero Matilde se dejó convencer rápidamente y no opuso el menor reparo. Comprendía que ya había vivido bastante tiempo a voluntad propia y que puesto que tarde o temprano había de casarse, era mucho mejor que lo



hiciese con quien su padre le aconsejaba.

Habían terminado de cenar, en su mismo cuarto, cuando Matilde, levantando en alto una copa de champán, exclamó:

—Yo, Matilde Iris Henderson, renuncio a mi pasado de soñera y asimismo declaro que el próximo jueves, día 28 del actual, en plena posesión de mis facultades, me pondré el velo de desposada y cambiaré mi nombre por el de señora Charles Farquer.

—Oye — le dijo riendo Blanquita —. ¿Por qué no le propones que sea él el que cambie de nombre?

—Lo único que me gusta de tu novio es el bigote — dijo riendo Julita.

—No seas cinicas y tened más respeto a mi futuro marido — dijo, aparentando una seriedad que no sentía —. Mi padre concertó esta boda y todo cuanto él concierne es un éxito seguro. Además que esto va a ser muy conveniente para los dos. Yo obtengo un título y mi novio obtiene una gran parte del capital que mi padre ha amasado vendiendo mermelada inferior a precios superiores... ¿Qué más puede pedir una chica joven?

Julita volvió a levantar la copa de champán (la segunda ya) y brindó:

—Por Iris y por los días tan alegres que hemos pasado siempre juntas...

—Y por el cazador de dotes de sangre azul que la espera en la estación — dijo Blanquita.

—¡Bah! — exclamó Matilde, sin dar importancia a los brindis de sus amigas —. No puedo arrepentirme. He viajado por todo el mundo y me he divertido bastante... He comido caviar en Cannes y embutidos en los países del norte; he jugado al bacará en Biarritz y a la ruleta en Montecarlo... ¿Qué me queda por conocer, sino el matrimonio?

Y mientras que las tres amigas seguían divirtiéndose en la habitación de Matilde, Cladcott y Charters habían tomado posesión de la habitación de la criada.

Iban a cambiarse de ropa, cuando oyeron llamar a la puerta y uno de ellos exclamó:

—Adelante.

Entró Ana y pudo por fin darles a entender que iba a cambiarse de vestido, lo que hizo exclamar a Charters, escandalizado:

—No, mudarse aquí, no... Ahí fuera, sí.

Pero Ana, sin entenderlo y sin dar importancia a lo que iba a hacer, abrió su armario y sacó un vestido que tenía colgado; después, de de-

bajo de la cama, sacó una sombrerera, y los dos amigos, antes que permanecer en la habitación, optaron por salir a la escalera y dejar libremente a la muchacha que se desnudase y se vistiese a su gusto.

Pero desde allí vieron que los demás viajeros iban tomando posesión de las mesas para cenar, y Charters, que todo lo perdonaba menos la comida, propuso ir también al comedor.

Cuando llegaron allí, solamente había dos sitios vacíos en una mesa; fueron a sentarse y antes que ellos pudieran hacerlo lo hizo una pareja que parecía ser un matrimonio, aun cuando él miraba recelosamente a todas partes.

En la mesa había también una señora de unos cuarenta años, de rostro agradable y mirada simpática, que dirigió una sonrisa a los dos amigos cuando vió que se quedaban sin sitio. Afortunadamente para ellos, se levantaron otros dos viajeros y pudieron sentarse a aquella mesa. Llegó el camarero y sirvió un plato al matrimonio, y Charters le pidió:

—Oiga, traiga dos biftecs para nosotros.

El camarero les contestó en un idioma que ninguno de los dos entendió, y la señora que estaba sentada desde un principio, se apresuró

a interpretar lo que decía el camarero, diciéndoles:

—Con su permiso... El camarero dice que debido al crecido número de comensales, se ha terminado la comida y que no tiene nada que darles...

Los dos amigos se miraron asustados. Eso era ya lo último que les podía pasar, y Charters exclamó, indignado:

—Pero, ¿qué clase de hotel es éste? ¿Cómo pueden suponer que podamos compartir una simple y miserable caseta de perro con una criada, teniendo el estómago vacío?... ¿Es esto hospitalidad?... ¡Vaya un país! ¡Con razón hay tantas avalanchas de nieve!

La señora que les había servido de intérprete, les mostró los restos de su cena y se la ofreció, diciéndoles:

—Yo también lo siento, pero no puedo ofrecerles otra cosa que los restos del queso. Claro que no es igual que un buen biftec, pero es riquísimo en vitaminas...

Charters, sin hacerle repetir la invitación, cogió el trozo de queso y exclamó:

—Muchas gracias, señora.

—Perdonen a Boris—siguió diciéndoles ella, que por lo visto te-



«¡a muchas ganas de hablar—. No está acostumbrado a albergar a tanta gente... Esto es, al parecer, uno de los pocos sitios de Europa no descubiertos aún...

—Porque no hay nada que valga la pena—exclamó Charters.

—No lo crean—negó la señora—; ustedes quizá no lo sientan igual que yo, pero les advierto que a mí me causa mucha tristeza el pensar que he de marcharme de aquí.

—¿Se marcha usted también?... —preguntó Charters.

—Mañana—le dijo la señora—. Mi trabajo ya ha terminado en este país. Soy miss Froy, institutriz y maestra de música. En los seis años que he vivido aquí, he aprendido a amar este suelo. Especialmente las montañas, a veces se me imaginan que son unos vecinos muy agradables; las altas montañas parecen papá y mamá con sus sombreros de nieve, sus nietos y sus nietas, no tan grandes, con sombreros más pequeños, y hasta los montecillos que no llevan sombrero. Claro que eso es sólo obra de mi imaginación.

—Naturalmente —le respondió Charters, que empezaba a dudar si aquella mujer estaba en posesión de todas sus facultades mentales.

Miss Froy siguió diciéndoles, co-

mo si creyera que todo aquello les interesaba mucho:

—Todas las noches de luna llena, como hoy, contemplo esas montañas desde la ventana de mi cuarto. Me alegra tanto pensar que esta noche es de luna llena...

Se oyó a lo lejos una música y miss Froy siguió diciendo:

—¿Oyen ustedes esa música?... Aquí todo el mundo canta. La gente es como los niños alegres, con una sonrisa en los labios y música en el corazón.

—Sin embargo, su cocina no es así de buena—exclamó Charters.

—Yo no creo que se deba juzgar a un país por su cocina—dijo miss Froy—. A pesar de que nosotros, los viajeros, somos exigentes por naturaleza, ¿no es cierto?

Se levantó de su asiento, y antes de irse, aun le dijo, disculpándose:

—Ustedes perdonarán que tenga que marcharme, ¿verdad?... Buenas noches.

Los dos amigos la vieron marchar, y cuando ya supusieron que no podía oírles, Charters, exclamó:

—Un extraño pájaro...

—¡Bah! —le respondió su amigo—. Me ha parecido una mujer maniática.

—No es extraño. Estando seis años en esta ratonera, también nosotros nos volveríamos como ella.

## A L A R M A   E N   E L   E X P R E S O

—Sin embargo—dijo Charters—, ha sido muy bondadosa ofreciéndonos su queso.

—Lástima que no haya nada más que comer. Nos iremos a nuestra habitación.

El comedor, poco a poco se había ido quedando solo, y cada huésped se había marchado a su respectiva habitación, sin que se oyera otra cosa que aquella dulce música que venía de fuera del hotel.

## UNA SERENATA TRAGICA

MISS Froy, como les había dicho, había salido al balcón de su habitación para oír aquella música, mientras que las tres amigas se despedían hasta el día siguiente. Blanquita, antes de irse, les dijo a sus amigas al oír la música que venía de fuera:

—Escuchad. Alguien da una serenata.

Matilde se metió en su lecho y le respondió al mismo tiempo que se marchaban ellas:

—Por mí, que siga... No hay quien pueda quitarme el sueño.

—Buenas noches — se despidieron por fin las amigas.

Pero a pesar de lo que había dicho Matilde, de que no había quien le quitara el sueño, al poco rato de

estar en la cama se oyó un ruido atroz en el piso de arriba. Parecía que estaban bailando una danza tirollesa, y hasta tal punto llegó el ruido, que salió del cuarto para ver de qué se trataba.

En el pasillo se encontró también con miss Froy, a quien le preguntó:

—¿Pero qué ocurre?... Parece como si hubiera un terremoto.

—Es extraño — respondió miss Froy—. Tal cosa no estaría de acuerdo con esa música... Es un ruido horrible... ¿Qué es lo que deben estar haciendo?

—No puedo imaginarlo—respondió indignada Matilde—, pero yo le aseguro que va a terminarse en seguida.

—Lo lamentable es que el pobre

cantor de ahí fuera tiene que competir con semejante estruendo.

Matilde llamó por teléfono al dueño del hotel y le dijo:

—Boris, soy miss Henderson... Hay alguien arriba que está dándonos un concierto infernal. A ver si consigue usted que termine. Quiero poder dormir...

Dejó el aparato y se volvió hacia miss Froy, a quien dijo:

—Creo que está solucionado.

—Gracias, muchas gracias—respondió miss Froy—. Hay personas que tienen muy poca consideración para con los demás.

Se iba ya a marchar Matilde, cuando miss Froy volvió a decirle:

—Supongo que tomará usted el tren mañana, ¿verdad?

—Así es.

—Entonces, esperemos que nos podamos volver a ver... en circunstancias menos bulliciosas. Buenas noches y muchísimas gracias.

—Buenas noches—le dijo Matilde, entrando de nuevo en su habitación.

Mientras tanto, Boris había subido a la habitación de donde partía aquel ruido, para averiguar de qué se trataba.

Al entrar allí encontró a un joven llamado Gilbert, que echado sobre su cama tocaba una flauta, mientras que otros dos hombres y una mujer

ensayaban un baile tirolés. Al entrar oyó decir a Gilbert:

—Espléndido.

Boris, indignado, exclamó desde la misma puerta:

—Señor, por favor, señor... ¿Qué ruido es éste?

—Lárguese de aquí — exclamó Gilbert—. Y dirigiéndose a los danzarines les ordenó—: Listos...

—Tenga usted la bondad de parar—le dijo de nuevo Boris—. He recibido varias quejas. Hacen ustedes demasiado ruido.

—¿Demasiado qué? — preguntó indignado Gilbert.

—Ruido... ¡Ruido! — insistió el dueño del hotel.

Otra vez se indignó Gilbert al oír que llamaban a su música y a su baile ruido, y exclamó:

—¿Se atreve usted a llamar a esto ruido?... ¿La antigua música con la que sus antepasados aldeanos celebraban toda boda durante cientos de generaciones? Este es el baile que su padre celebró con su madre... Observe usted.

Y nuevamente se puso a tocar la flauta, y los otros tres comenzaron a bailar, con gran desesperación del dueño del hotel, que no veía forma de acabar con aquel escándalo.

Boris intentó nuevamente acabar con el baile, y Gilbert se acercó a él,



y, mirándole fijamente para imponer su voluntad, le preguntó:

—Según creo, es usted el dueño de este hotel, ¿no es cierto?

—Sí, señor—respondió Boris.

—Pues le advierto que por fortuna, estoy acostumbrado a toda inmundicia, y por eso no le he dicho nada de él, pero haga el favor de decirme quién es la persona que se ha quejado.

—Una señorita joven, que duerme debajo de esta habitación.

—Pues dígame a esa señorita que no hago otra cosa que componer uno de los antiguos bailes del país que por desgracia se han olvidado. Además le dice, que ella no es la dueña del hotel, y ahora mismo desaparezca usted... Inmediatamente.

El pobre Boris se fué desesperado. Comprendía que tenía que dar una explicación a Matilde, y entró en su cuarto para darle cuenta de la entrevista que había tenido con Gilbert, diciéndole al final:

—Y además me ha dicho que le diga a usted que no es la dueña del hotel.

—¿Y no puede usted echarle de aquí?—preguntó intencionadamente, Matilde.

—Imposible, señorita — respondió Boris, que veía ya la propina en puerta.

Matilde sacó un billete de algunos dólares, y entregándoselo le preguntó de nuevo:

—¿Está usted seguro de que no lo podrá echar?

El dueño del hotel, ante la dádiva de la muchacha sonrió maliciosamente y respondió:

—Ahora empiezo a dudarlo... Tal vez pueda echarlo.

De lo que hablara Boris con Gilbert resultó algo más molesto todavía que el ruido, y fué que a los pocos minutos de marcharse el dueño del hotel apareció Gilbert en el cuarto de Matilde con gran sorpresa de ésta, que vió entrar a un desconocido y exclamó:

—¿Quién es usted?... ¿Qué es lo que desea?

Gilbert, por toda contestación, comenzó a tararear la música que había estado tocando, y al fin le preguntó:

—¿Reconoce usted mi música?

Matilde, que no estaba para aquellas bromas, le respondió indignada:

—¿Quiere hacer el favor de salir inmediatamente?

Gilbert recorrió con la mirada la habitación donde dormía Matilde y comentó, como si hablara consigo mismo:

—Una buena habitación; es más, hay que reconocer que es aceptable.



—Pero, ¿quiere usted hacer el favor de decirme qué es lo que pretende?—preguntó de nuevo Matilde.

Gilbert se acercó a la cama y empezó a tocarla, diciéndole:

—Veamos en qué lado duerme usted.

Matilde, desesperada ante la parsimonia de aquel hombre, cogió el teléfono y le amenazó, diciéndole:

—¿Quiere marcharse de una vez?

El joven, seguía imperturbable. Sin responder a lo que ella le decía, siguió comentando:

—Magnífica idea la de sobornar al dueño para que eche...

Matilde dejó nuevamente el teléfono, y tirándose de la cama se encará con él, diciéndole:

—Supongo que se dará usted cuenta de lo absurdo de su proceder...

—Nada de eso—exclamó Gilbert, encogiéndose de hombros—. Tiene usted perfecta libertad de dormir en el pasillo, si es ese su gusto... Ahora que, si yo fuera usted, no lo haría. Yo voy a dormir en el cuarto de baño.

Y diciendo esto se metió en el cuarto de baño, mientras que Matilde le gritaba desesperada:

—¡O sale usted de ahí o llamo al dueño!

—Haga usted lo que quiera, pero yo no lo haría. No tendría más que

decir a todos que usted me había invitado a venir aquí. Y al decir a todos, es porque tengo una potente voz y se enterarían.

—Por favor—suplicó ahora Matilde—. Salga usted de ahí.

—Lo haré cuando usted haya sobornado nuevamente al dueño para que me restituya a mi cuchitril.

Matilde comprendió que no había más remedio que ceder. Aquel hombre o era un loco o uno de esos seres acostumbrados a hacer siempre lo que les venía en gana. En vista de ello llamó por teléfono al dueño del hotel y le dijo:

—Oiga, Boris. Sobre aquella habitación de arriba he estado pensando y he cambiado de parecer...

—Así me gustan a mí las personas—respondió Gilbert.

Ella le lanzó una mirada de odio y exclamó, abriéndole la puerta para que se marchara:

—Es usted la persona más despreciable que he conocido en mi vida.

Gilbert se acercó a ella, y como quien piensa decirle un gran secreto, le dijo:

—Confidencialmente, le diré una cosa... Es usted insoportable.

Al fin dejó la habitación y Matilde pudo nuevamente acostarse, pero sin dejar de pensar en aquel

intruso que de forma tan inesperada había hecho su aparición en su cuarto. A pesar de lo que le había molestado con su presencia, reconocía internamente que era un muchacho simpático, uno de esos hombres que saben imponerse a todas las mujeres y que si se hubiera portado de otra forma tal vez a ella le habría sido también simpático. Sin poderlo remediar estuvo cerca de una hora acordándose de él hasta que por fin el sueño la rindió.

De lo que nadie se había ocupado ya, era del hombre que daba la se-

renata ante el balcón de miss Froy. Esta seguía tranquilamente escuchando las notas que el cantor arrancaba de su violín, cuando vio que de pronto unas manos lo agarraban por el cuello, sin darle tiempo a dar un grito. Al cabo de algunos segundos el que tocaba cayó a tierra muerto, y miss Froy, antes de que nadie sospechara de su presencia, arrojó una moneda, como si gratificara al cantor, y se encerró en su cuarto, murmurando:

—Pobre... También le ha llegado su turno.

## UN ACCIDENTE SIN CONSECUENCIAS

A la mañana siguiente, la estación estaba abarrotada de viajeros. Todos procuraban ocupar los asientos que el día anterior habían tenido en el tren, y todo, además, hacía presagiar un feliz viaje. El tiempo había mejorado mucho y Cládicott, entusiasmado, le decía a su amigo:

—Si llegamos a Balke a tiempo, nada podrá impedirnos el ver el último partido.

—Ojalá haga allí tan buen tiempo como aquí—respondió su amigo—. Es un tiempo magnífico para los nuestros.

También llegaron las tres amigas, y Julia, al momento de despedirse de Matilde, le dijo:

—Aun estás a tiempo de rescindir el contrato, Matilde.

—Sí—siguió diciéndole Blanquita— ¿Por qué no envías a tu novio un telegrama felicitándole y diciéndole que habéis terminado?

—Ya es tarde—respondió Matilde—. Dentro de una semana seré una chica más que deja la soltería para convertirse en una mujer casada, y la verdad, os digo que no me disgusta.

En aquel momento apareció miss Froy, y al ver a Matilde la saludó con su peculiar sonrisa:

—Buenos días... ¿No ha visto usted un pequeño bolso negro?

—No, señora—le respondió Matilde.

—¡Ah!, ya lo veo—exclamó miss

Froy, viéndolo junto a la pared de la estación.

Matilde fué a dárselo, y al agacharse le cayó encima un tiesto de flores que por poco no la mata.

—¡Dios mío!—exclamó asustada miss Froy.

—¿Te has hecho daño?—le preguntó Blanquita.

Matilde, que se había llevado la mano a la cabeza sobre el lugar dolorido, intentó sonreír y respondió:

—No, no... estoy bien... Pero, ¿qué ha sido?

El jefe de la estación vino a decirles que el tren estaba a punto de partir, y Julia exclamó:

—Nada de eso nos importa. ¿No ha visto usted que por poco no matan a mi amiga?

—No os apuréis—les dijo Matilde—. Ya estoy casi bien...

—¿Estás segura de que te encuentras bien?—le preguntó Blanca.

—Sí, os digo que a no tengo nada.

—No se preocupen—les tranquilizó miss Froy—, yo la cuidaré... Hay que ver qué falta de previsión han tenido al tirar el tiesto.

El tren comenzó a ponerse en marcha y Matilde subió a él acompañada de miss Froy, mientras que sus amigas le decían desde el andén:

—Buena suerte... Que nos envíes una foto de tu novio...

Por fin el tren arrancó, y miss Froy, cumpliendo lo que había prometido a sus amigas, acompañó a Matilde al interior de un departamento, diciéndole:

—Dentro de un momento se sentirá usted bien del todo... Procure no moverse demasiado.

En el mismo departamento viajaban dos pasajeros más y una mujer. Ella, al ver entrar a miss Froy, procuró pasar desapercibida, mientras que la institutriz seguía diciéndole a Matilde:

—Le pondré un poco de colonia en la frente.

—Gracias—respondió Matilde—. Temo que la estoy molestando demasiado.

—No debe usted excusarse—le dijo cariñosamente miss Froy—. Podía usted haber sido herida de gravedad... Yo creo que debería usted formular una queja.

—¡Bah!, no tiene importancia. Se trata sencillamente de un accidente.

—Sí..., claro...—dijo miss Froy, que era la única persona que podía saber la verdad, pero que la ocultaba—. La gente debiera tener más cuidado... ¿Se siente usted mejor?

—Sí, gracias... Ahora me siento ya bien.

—Lo que usted necesita—siguió diciéndole miss Froy—es una buena



taza de té, bien fuerte. Llamaré al camarero.

Matilde se opuso al deseo de su acompañante, diciéndole:

—Por favor, no se moleste. Yo misma iré al vagón comedor. Necesito un poco de aire fresco.

Pero se veía que miss Froy no quería quedarse sola, o, por el contrario, no quería dejar sola a Matilde, o inmediatamente se ofreció a acompañarla, diciéndole:

—En ese caso yo la acompañaré, si a usted no le molesta.

—De ninguna forma—aceptó inmediatamente Matilde.

Echaron a andar por el pasillo del tron, camino del comedor, y miss Froy, sin querer, abrió la puerta de un departamento donde había una pareja. El hombre, al ver que abrían la puerta, la cerró inmediatamente como si temiera ser reconocido, y miss Froy se excusó diciendo:

—¡Oh!, perdóneme usted.

Y volviéndose a Matilde, le dijo sonriendo:

—Es cosa fácil reconocer a las parejas recién casadas... Son tan vergonzosos...

Pero no era aquella una pareja recién casada, sino que se trataba de un alto empleado judicial que viajaba con su amante y quien al ver el apresuramiento con que cerraba la puerta, le preguntó molesta:

—¿Por qué has hecho eso, querido?

—Supongo que no querrás que todo el mundo nos mire—le dijo él, con cierta violencia.

—Cualquiera diría que te persigue toda la profesión curial—le replicó ella.

—Con uno sólo hay de sobras para que pierda mi puesto.

—Sí, ya lo sé. Hasta llegaste a creer que aquel mendigo de Damasco era un policía disfrazado.

El la miró molesto por aquella alusión y respondió:

—Yo sólo dije que su cara podía fácilmente ser confundida con la de un sabueso.

—Sí, pero a pesar de ello pude apreciar que te apresurabas en dirección opuesta.

—No es cierto—exclamó el empleado judicial en el mismo tono de siempre—. Yo sólo buscaba la calle llamada «Derecha».

La mujer sonrió irónicamente. Casi le parecía adivinar lo que pensaba su compañero, y le dijo:

—No tenías tanto cuidado los primeros días. Y en cuanto qué pudieras encontrar algún conocido, ¿Qué dirías de mí? Jorge cree que viajo en compañía de mamá.

El hombre se dejó caer sobre el asiento del vagón, sin querer responder más, y cogió un libro para con-



tinuar la lectura que había interrumpido con la presencia de miss Froy.

Esta, por su parte, había llegado con Matilde al coche restaurante y le aconsejaba dónde debía sentarse, diciéndole:

—Si una persona se siente predispuesta al mareo, siempre he creído que lo mejor es sentarse en medio del coche y de cara hacia la máquina.

En aquel instante se presentó un camarero, y miss Froy le dijo:

—Un té para dos, por favor.

—Muy bien, señora.

—Aguarde un momento—volvió a decirle miss Froy, al mismo tiempo que sacaba un paquete de su bolso— ¿Quiere decirles que lo hagan con éste?

Y cuando se fué el camarero, le dijo a Matilde:

—Yo nunca bebo otro. Es sólo una pequeña manía. Mis padres, que a Dios gracias viven, beben siempre té Hariman, y yo he seguido su tradición.

Matilde estaba encantada de aquella compañera tan agradable. No sabía cómo expresarle su agradecimiento por las demostraciones y actos que con ella realizaba, y le dijo al fin:

—Cuán amable es usted al ayudarme tanto... Y eso que me parece que aun no nos hemos presentado.

Yo soy Matilde Iris, me dirijo a casa y voy a casarme.

—¿De veras? — exclamó alegremente miss Froy, con aquella cara de júbilo que tan simpática la hacía a cuantas personas la trataban—. Deseo de todo corazón que sea usted muy feliz. Además, querrá usted tener niños... ¡Oh, los niños son un encanto!... Yo soy institutriz. ¿sabe? Mi nombre es miss Froy.

En la mesa de al lado se hallaban discutiendo Cladcott y Charters. Seguían con su manía de siempre y Charters le decía a su amigo:

—Yo siempre he sostenido que Hammond no se encuentra en mala forma. ¿Recuerdas aquella ocasión?

—Claro que la recuerdo. No fué más que un golpe de suerte.

—Nada de eso—replicó su amigo—. No influyó para nada la suerte. Es que es un «as» simplemente. Si no hubiera sido por el idiota del árbitro, aun estaría jugando... Te enseñaré cómo fué, yo lo vi.

El camarero había servido ya el té a las dos mujeres y mientras vertía el líquido en las tazas había dejado el azucarero en la mesa donde estaban los dos amigos. Charters, sin darse cuenta de lo que hacía, cogió unos terrones del azucarero y, colocándolos sobre la mesa, fué diciendo:

—Mira, aquí estaba Hammond...

## A L A R M A   E N   E L   E X P R E S O

aquí el árbitro... El otro jugador estaba aquí...

Miss Froy, al ver que habían dejado el azucarero sin azúcar, se dirigió a ellos, y señalando los que tenían sobre la mesa dispuestos como si fueran jugadores, les dijo:

—¿Quieren hacerme el favor de darme un poco de azúcar?

—¡Oh!, perdón—exclamó, entregándole el azucarero, después de haber recogido los terrones.

Terminaron de tomar el té, y miss Froy la acompañó nuevamente al de-

partamento que tenían, diciéndole:

—Yo, en su lugar, trataría de dormir un ratito. Después se sentirá usted completamente bien. Mientras tanto, voy a tratar de resolver un crucigrama de los más intrigantes aparecido en la revista de esta semana.

Matilde siguió el consejo que le daba su amiga, y segundos después quedó profundamente dormida, con un sueño que más bien parecía un sopor, como si fuera producido por un narcótico.

## UNA DESAPARICION MISTERIOSA

**N**O hubiera podido decir Matilde cuánto tiempo estuvo dormida; lo único cierto es que despertó cuando oyó la voz del camarero, que le preguntaba:

—¿La señora reservó asiento para la comida?

—Mi amiga lo hizo—respondió Matilde, buscando con la mirada a miss Froy—. Ella tiene los billetes.

Se dirigió a los otros viajeros que estaban en el departamento, y les preguntó:

—¿Han visto a mi amiga?

—No —respondió uno de los hombres.

—¿No sabe usted dónde ha ido?

—No la comprendo—siguió diciéndole el viajero.

—Me refiero a la señora bajita... La que leía...

—Yo no he visto a ninguna señora aquí—dijo la viajera, que tomó parte en la conversación.

—¿Que no la han visto?—preguntó Matilde, extrañada.

—Aquí no ha habido ninguna señora leyendo—volvió a decirle la viajera.

—Claro que sí estaba — insistió Matilde—. Estaba sentada ahí, en esa esquina. Esto es ridículo. Precisamente fué ella la que me llevó al coche comedor y después volvimos aquí juntas.

La viajera movió negativamente la cabeza e insistió en su negativa, diciéndole:

—Usted se fué y volvió sola.

Matilde se pasó las manos por la frente. No comprendía lo que pasaba, ni por qué negaban una cosa de la que ella estaba tan cierta, y volvió a decirles:

—Tal vez usted no me comprenda, señora. Quiero decir la señora que me cuidó cuando sufrí aquel accidente.

El viajero que había hablado primeramente, le dijo:

—Quizá el golpe le afecte la memoria.

Matilde le miró indignada y exclamó:

—Le advierto que si es un chiste, tiene muy poca gracia.

Luego, al ver que entraba el camarero que les había servido, le dijo:

—Oiga, camarero, usted me sirvió el té hace poco.

—Sí, señora—respondió el camarero.

—¿Vió usted a la señora que me acompañaba?

El camarero hizo un gesto de extrañeza y respondió:

—Pero, si la señora estaba sola...

El encargado del coche restaurante, que era el que había entrado primero preguntando si tenían sitio reservado, intervino, diciéndole:

—Perdone, señora; tal vez el camarero esté equivocado.

—Claro que lo está—insistió, cada vez con más intranquilidad Ma-

tilde—. Tiene que recordar a aquella señora, casi anciana, bajita. Fué precisamente quien le ordenó el té y quien lo pagó.

—No, señora—exclamó el camarero—. Fué usted la que lo pagó.

El encargado del coche se puso a hablar en el idioma del país al camarero, y luego le dijo a Matilde:

—Díce que veamos la cuenta... Yo mismo la veré.

—Pero si es imposible que lo haya olvidado. Recuerde que ella le dió un paquete especial de té. No puede haberse olvidado de eso.

Otra vez el camarero siguió negando, y le respondió:

—El té era nuestro, señora. A mí no se me dió ningún paquete.

Matilde empezaba ya a perder la calma. Le parecía como si se quisieran burlar de ella y le dijo:

—Claro que sí se lo entregó. Yo sé que se lo entregó a usted.

El encargado del comedor volvió con la cuenta que habían pagado y se la enseñó a Matilde, diciéndole:

—Perdón, señora. Aquí tiene usted la cuenta que pagó. Díce té para uno.

—Eso no puede estar bien—respondió Matilde.

—¿Quiere usted misma examinar la libreta?—le ofreció el encargado.

—No, gracias, pero todo esto que



está ocurriendo, es absurdo. Ha debido ocurrir una desgracia.

Desesperada ante la negativa de todos, Matilde empezó a recorrer el tren. Entró en otro vagón donde había una serie de viajeros cantando y bailando y se encaró con un hombre que había de espaldas, preguntándole:

—Por favor, ¿ha visto usted a una señora pasar por aquí?

El interpelado se volvió al oír aquella voz, y la sorpresa de los dos no fué pequeña al darse cuenta de que era Gilbert, el mismo hombre que la noche anterior había pretendido dormir en su cuarto de baño.

—¿Usted? — preguntó extrañado—. Si yo hubiese sabido que viajaba usted en el mismo tren, habría permanecido una semana más en el hotel. No, no he visto a ninguna señora... ¿Por qué?

Matilde hizo ademán de marcharse, al mismo tiempo que le respondía:

—No se preocupe... Seguramente tampoco sabría distinguir a una señora.

Gilbert la vió tan alarmada que no quiso dejarla marchar sin averiguar la causa, y por lo mismo le preguntó:

—Oiga... ¿qué es lo que ocurre?

Matilde se llevó la mano a la frente como si estuviese mareada,

y Gilbert apartó a otro viajero que con su gran pipa de campesino se había acercado a Matilde, diciéndole:

—Apártese, hombre; su pipa le ha mareado. ¿Por qué no la tira usted por la ventanilla?

Y cogiendo del brazo a Matilde, que se dejó llevar sin oponer resistencia alguna, le dijo:

—Siéntese usted y no se preocupe.

—Gracias... No es nada — respondió ella.

—Pero, ¿qué le pasa? Parece usted marcada...

Matilde le miró fijamente, y comprendiendo que era sincero el interés de él, le respondió:

—Es que recibí un golpe en la cabeza.

—¿Cuándo era niña?

—No, hombre, en la estación.

—¿Cuánto lo siento!—se lamentó Gilbert—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Sí... Puede usted marcharse.

—Imposible — exclamó Gilbert sin molestarse—. Mi padre me dijo siempre: «No abandones jamás a una señora en apuro», y él se lo tomó tan en serio que se casó con mi madre... ¿Quiere usted un poco de coñac?

Matilde, abandonando su aire de

indiferencia hacia él, le preguntó de nuevo:

—¿Recuerda usted a una señora bajita que anoche estaba en el hotel?

—Yo sólo recuerdo a una señora que no era precisamente bajita—le respondió Gilbert, aludiendo a la estatura de Matilde.

—Pues estaba conmigo en mi compartimiento y ahora no puedo encontrarla.

—Debe estar en alguna parte del tren—le respondió Gilbert—. Este no ha parado desde que subimos en él.

—Claro que ha de estar en el tren—respondió Matilde—. Eso ya lo sé yo. Pero los demás ocupantes del departamento, y el camarero, dicen que jamás la han visto.

—¿Todos dicen lo mismo?

—Todos lo dicen.

Gilbert se la quedó mirando fijamente y al fin expresó su pensamiento, diciéndole:

—Usted me dijo hace poco que algo le cayó en la cabeza.

Matilde le miró casi agresiva y le preguntó:

—¿Qué quiere usted insinuar?

—Nada. No me haga caso. Dígame: ¿habla usted el idioma del país?

—No, ni una palabra.

—Pues vamos a su departamento

Cuando se dirigían al departamento que ocupaba Matilde, encontraron al hombre que también viajaba en él hablando con otro señor de aspecto correctísimo y muy elegante. Matilde no se fijó en este último y le dijo a Gilbert:

—Ese es uno de ellos. El más bajito de los dos.

Gilbert se acercó al individuo y le preguntó:

—Perdone usted mi entromisión, pero creo que aquí hay un malentendido. Esta señorita ha perdido a su amiga y...

El otro caballero fué el que respondió, en vez de aquel a quien había preguntado, y le dijo:

—Ya me lo han dicho. Este caballero me lo ha estado explicando. Es muy interesante... Creo que primero debemos presentarnos.

Estaban frente a la misma puerta del departamento ocupado por Matilde y el hombre bajito que hablaba con ellos comenzó a presentar a todos los personajes, diciendo:

—Yo soy un ciudadano italiano. Me llamo Doppo. Aquella señora es mi mujer y aquel pequeño es mi hijo... La señora de la esquina es la baronesa de Atonia.

—Creo que conocí a su marido—exclamó Gilbert—. Le conocí en un festival de bailes típicos.

—Yo soy el doctor Pars—dijo el

caballero elegante que acababan de encontrar hablando con Doppo—. Tal vez me haya usted oído nombrar.

—¿Pars?—se preguntó a sí mismo Gilbert—. ¿No es usted el especialista del cerebro?

—El mismo—respondió el doctor.

—¿Leí que hace poco hizo usted una gran operación a un gran artista... Y dígame, ¿halló usted algún cuerpo extraño en el cerebro?

—Una pequeña contusión cerebral.

—Ya es algo—comentó Gilbert.

—En la próxima estación—siguió diciendo el doctor—me aguarda un caso parecido, aunque mucho más complicado. Esta noche operaré en el Hospital Nacional. Una fractura craneal depresiva, con adherencias. ¿Comprende?

—Perfectamente. Un testarazo en la calabaza, ¿no es cierto?

Matilde, a quien no le interesaba para nada aquella conversación, volvió de nuevo a la obsesión que le dominaba, y le preguntó:

—¿Supongo que usted tampoco habrá visto a mi amiga?

—Desgraciadamente, no — respondió el doctor.

—Espere—le dijo Gilbert—. Hablaré un poco con la baronesa, en su propio idioma.

Se dirigió a ella y le preguntó:

—«Bakara veskin femara, baronak?»

—«Nagray femona» — respondió la baronesa.

—¿Qué ha dicho? — preguntó Matilde.

—Que nunca ha visto a esa señora—le explicó Gilbert.

—Eso no es cierto—protestó Matilde—. Ella estaba sentada ahí, donde usted se sienta ahora.

—Vamos a ver—dijo Gilbert—. Puede usted describirla... ¿Cómo iba vestida?

Matilde se concentró un poco en sus pensamientos y al fin respondió con toda seguridad:

Llevaba un traje color de paja con cuadros marrones, un abrigo tres cuartos...

Y fué dando tantos detalles de ella, que Gilbert, al fin, exclamó:

—¿Y dice usted que las dos fueron a tomar el té?

—Ya le he dicho que sí.

—Entonces, con seguridad que tropezarían ustedes con alguien.

—Déjeme pensar un poco—le pidió Matilde. Y al fin exclamó—: Con un señor, en el restaurante, que nos dió azúcar.

—Bien, pues vamos a interrogarle—le propuso Gilbert.

—Perdón—intervino el doctor—. ¿Puedo acompañarles? Todo esto me resulta muy interesante.



—Está bien — aceptó Gilbert—. No quisiéramos molestarle por esto, pero ya que se interesa, le nombraremos detective.

Se dirigieron hacia el coche restaurante, y cuando habían andado unos pasos, Matilde se detuvo, diciendo:

—Aguarde. Encontramos alguien más. Cuando pasamos por este departamento, miss Froy tropezó aquí con un señor alto y una señora.

—Ya empieza a aclararse el asunto—comentó Gilbert—. Si podemos dar con una sola persona que la haya visto, haremos registrar todo el tren.

Abrió la puerta del departamento donde iba el empleado judicial, y al ver a Gilbert le preguntó de mal humor:

—¿Puedo servirles en algo?

—Ese es el caballero—exclamó Matilde al verlo.

—¿Recuerda usted si esta señorita pasó por aquí con una señora bajita?

El individuo, que no quería meterse en ningún lío por miedo a tener que dar su nombre, respondió:

—No, señor.

—Pero, si por poco cae dentro de su departamento — exclamó Matilde—. No pueda haberlo olvidado. Es muy importante. Todos sostienen

que no la han visto en el tren, pero yo sé que sí.

El individuo cerró nuevamente su departamento sin dar más explicaciones, y Matilde, mientras se dirigían hacia el coche restaurante, les fué diciendo:

—Estoy determinada a encontrarla, aunque tenga que parar el tren para hacerlo.

Estas últimas palabras fueron oídas por Charters, que esperaba que su amigo saliera del lavabo, y le dijo:

—Escucha, Cladicott, aquella chica que vimos en el hotel está por ahí armando un barullo horrible. Dice haber perdido a su amiga.

Cladicott salió en aquel instante del lavabo y le respondió:

—Pues yo te aseguro que aquí no está.

—El asunto es grave, pues esa chica quiere hacer parar el tren.

—¡Dios santo!... — exclamó el otro—. Perderíamos el partido.

En esto Matilde se acercó a ellos y les preguntó si habían visto a miss Froy, y Charters respondió:

—Lo siento, pero no tengo el más leve recuerdo. Usted debe estar sufriendo una equivocación.

Gilbert miró a Matilde con alguna extrañeza, y al fin le dijo:

—¿Tampoco la recuerda?... Vamos en busca de algún otro señor.



Y mientras ellos se dirigían hacia el coche restaurante, la compañera del empleado judicial, le preguntaba a éste:

—¿Con quién hablabas ahí fuera?

—Con nadie, querida—respondió él sin quererle decir la verdad.

—Oye... ¿Cuánto tiempo se tarda en conseguir un divorcio?

Su compañero no le respondió y ella le llamó la atención con energía, diciéndole:

—Enrique, te estoy hablando.

—Perdóname, querida, pero no te había oído.

—Te he dicho que cuánto tiempo se tarda en conseguir un divorcio.

—Eso depende de varias cosas. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque pensaba si podríamos efectuar nuestro viaje de luna de miel en la próxima primavera.

—No lo sé. Las dificultades son considerables. Los juzgados están agobiados de trabajo... La verdad es que en las actuales circunstancias tengo muchas probabilidades de llegar a ser nombrado juez y hay que tener mucha cautela... Si ocurriese algo desagradable...

—¿Cómo el hecho de verte envuelto en un caso inesperado?—le preguntó ella irónicamente, dándole cuenta de qué clase de hombre tan egoísta era él.

Enrique se abstuvo de responder, y ella siguió diciéndole:

—Ahora comprendo por qué has estado huyendo como un conejo y por qué has mentido tan deliberadamente a esa señorita.

—¿Yo he mentido? —preguntó Enrique, en el colmo del cinismo.

—Sí, lo he oído todo—dijo ella.

—Pues, sí —declaró Enrique—. Lo hice únicamente porque no deseaba verme envuelto en ninguna investigación. Esa chica quiere armar jaleo. Si la mujer ha desaparecido y yo reconozco haberla visto, podríamos ser citados como testigos. Hasta podría suceder que mi nombre apareciese en los periódicos enlazado con el tuyo. Semillante escándalo podría traer Dios sabe qué consecuencias.

Ella calló, comprendiendo que era inútil insistir sobre la voluntad de aquel hombre para quien el único sentimiento respetable era el de la ambición, y se puso a leer una revista, sin darle importancia a su presencia.

Matilde poco a poco iba dándose cuenta de que algo anormal ocurría a miss Froy, cuando todo parecía ponerse en su contra. Después de la negativa de los dos amigos, el doctor le dijo:

—Por favor, excúseme... Quizá yo esté equivocado, pero he conoci-

do casos en los que una impresión repentina o un golpe, han dado a luz las más vívidas alucinaciones.

Matilde le miró con fijeza. Comprendía lo que el médico pensaba de ella, y al fin le dijo:

—Ya le comprendo. Usted me cree...

—No se trata de creer—repitió el doctor—. A veces la más ligera emoción produce los efectos más curiosos en personas imaginativas.

—Le repito—insistió Matilde—que puedo recordar el más pequeño detalle. Hasta su nombre: miss Froy.

—¿Alucinación? —preguntó Gilbert.

—Precisamente—insistió el doctor—. No existe la tal miss Froy, jamás existió esa señora... No existe más que en su imaginación.

—Pero si yo la conocí en el hotel—volvió a decir Matilde.

—Eso es lo que usted cree.

—¿Y qué dice usted del nombre? —preguntó Gilbert.

—Una asociación de ideas—volvió a decir el doctor—. Un anuncio o un personaje de alguna novela subconscientemente recordado. Estos casos son muy comunes. No hay necesidad de alarmarse si usted consiente en estar quieta y descansar.

—Muchísimas gracias —respondió de mala gana Matilde.

## UNA NUEVA MISS FROY

**E**N aquel instante el tren detuvo la marcha lentamente, y Matilde preguntó:

—¿Llegamos a alguna estación?

—Sí—respondió el doctor—. Es Dravka. Si usted me permite... Aquí es donde aguarda mi paciente.

—Nos detenemos—exclamó Gilbert después que se hubo marchado el doctor.

—Esta es la primera parada, ¿verdad?—preguntó Matilde.

—Sí—respondió Gilbert.

—Entonces, miss Froy aun debe estar en el tren. Usted vigile este lado y mire si alguien baja por él. Yo vigilaré el otro lado.

Los dos se colocaron en sus pupitos de observación y vieron cómo llegaba a la estación una ambulancia

sanitaria. De su interior sacaron una camilla y la subieron al vagón, haciéndose cargo de ella el doctor. El mismo dio las órdenes para que la metiesen en un departamento, y a la enfermera que acompañaba al paciente la encerró con él.

Nuevamente el tren se puso en marcha y Matilde y Gilbert se reunieron sin que ninguno de los dos hubiese visto bajar a miss Froy.

Matilde, ante aquel fracaso, ya que esperaba que los secuestradores hicieran bajar a la señora desaparecida, le dijo a Gilbert:

—Escúcheme usted. Yo sé que miss Froy existe y que es tan real como pueda serlo usted.

—Eso es lo que usted dice y lo que usted cree, pero aparentemente



—No puedo ofrecerles  
otra cosa.



—No he visto a ninguna  
señora... ¿Por qué?





—¿Es esta la señora que  
usted vió?



—Sí, debo casarme el  
jueves.



Empezó a quitarle las vendas.



—Espérame en el salón-comedor.



—Dígame que ponga su  
contenido en cada una de  
las dos copas.



—¿Cómo han sabido  
esto?



—¿Le ha visto usted la  
cara a su paciente?

—¡Estamos perdidos!





--¿Está usted bien?



--Yo debo partir.

# ALARMA EN EL EXPRESO



Descubrieron a la enfer-  
mera.

El tiroteo era cada vez  
mayor.



—Ya les anuncie que  
volveríamos a vernos.



—Se ha hecho todo lo  
que se ha podido, señora.

ha sido usted la única que la ha visto.

Pero apenas había terminado de decir esto, cuando se abrió el departamento en el que viajaba Enrique, y su compañera salió sola, diciéndoles:

—Yo también creo haberla visto.

—¿De veras?—exclamó vivamente Matilde.

—¿No era una mujer bajita con un traje a cuadros?

—Eso es—respondió Matilde.

—Pues yo la vi cuando pasaron ustedes por delante de nuestro departamento.

—Ya sabía yo que estaba en lo cierto. Lo que no comprendo es cómo su marido...

—Es que él no se fijó—le excusó ella.

Volvió a entrar en el departamento y Gilbert levantó alegremente la mano de Matilde, diciéndole:

—Usted gana. Pero esto requiere una acción inmediata.

Vieron pasar al doctor, y Matilde lo detuvo, diciéndole:

—Tenemos noticias para usted. La señora de este departamento asegura haber visto a miss Froy.

—¿De veras?—preguntó el doctor, con aire no muy satisfecho por aquella noticia.

—Ahora mismo vamos a hacer

registrar todo el tren—le dijo Gilbert.

—Yo lo siento mucho por usted—volvió a decirle Matilde—. Pero tendrá usted que inventar una nueva teoría, doctor.

El doctor Pars la miró fijamente y respondió, casi mordiendo las palabras:

—No es necesario. Mi teoría estaba bien fundada. Los indicios eran confusos... En fin, me alegraré que halle usted a su amiga.

Cuando entró la compañera de Enrique en su departamento, aquél, temiendo que hubiera cometido alguna imprudencia que lo descubriera, le preguntó:

—¿Qué hacías ahí fuera?

—Sencillamente, decirle a esa señorita que yo vi a su amigo.

—¿Qué dices?—preguntó asustado— ¿Pero es que has perdido el juicio?

—Por el contrario—respondió ella tranquilamente—, lo acabo de encontrar.

—¿Qué quieres decir?

—Que si hay un escándalo, tanto mejor, y tú tendrás que proceder correctamente, aunque el hacerlo te disguste.

—Es que te olvidas de algo muy importante. Margaret—volvió a decirle—. Tú estás tratando de complicar mi situación, no cabe duda,



pero ocurra lo que ocurra, no secundaré tus planes.

Y mientras ellos discutían, Gilbert llamó a uno de los empleados del tren para pedirle que llamase a la policía y buscar a miss Froy.

Antes de que el empleado pudiese responderle se presentó ante ellos Doppo, diciéndoles alegremente:

—¡Ah, señorita! Por allí la están buscando. Su amiga ha aparecido.

—¿No ha dicho qué es lo que le ha pasado?

—Yo no sé nada — respondió Doppo —. Ella misma se lo dirá.

Matilde, acompañada de Gilbert, corrió al departamento que ella ocupaba y se encontró en el mismo sitio donde antes había estado miss Froy a una señora vestida del mismo modo que ella. Pero, al verla, exclamó, desalentada:

—¡No es miss Froy!

—¿Que no es? — preguntó Gilbert extrañado.

—No — respondió la señora que ocupaba ahora el asiento —. Yo soy madame Kummer.

Gilbert le habló en el idioma del país y después se lo tradujo a Matilde, diciéndole:

—Esta señora dice que ella fué quien la acompañó al departamento cuando usted estaba indispués, y que después la dejó para ver a unas amigas.

Mientras hablaban se había acordado el doctor, que intervino en la conversación, preguntándole:

—Veamos. ¿Cuándo dice usted que vió por primera vez a miss Froy?

—En el hotel, anoche.

—¿Llevaba entonces estas ropas?

—No; un vestido de otro modo.

El doctor sonrió satisfecho de la respuesta y le dijo:

—Entonces debo pedirle perdón. Estoy convencido de que usted la vió... pero no en este tren. En su imaginación subconsciente sustituyó usted la cara de madame Kummer por la de miss Froy.

—¡No es cierto! — protestó airadamente Matilde —. ¡Yo no estoy loca! Le digo que yo le hablé a ella... a ella... a miss Froy.

Gilbert se acordó entonces de lo que había dicho la compañera de Enrique y le dijo al doctor:

—Todo esto es fácil de saberlo. Hay una señora en el tren que asegura haberla visto. Si a madame Kummer no le molesta, podía acompañarnos.

Madame Kummer no se opuso a los deseos de Gilbert, y juntos fueron al departamento de Enrique. Llamaron a su compañera y le presentaron a madame Kummer, diciéndole Gilbert:

—¿Quiere usted darme, por fa-

## A L A R M A   E N   E L   E X P R E S O

vor, si es ésta la señora que usted vió?

—No se le parece en nada, ¿verdad?—exclamó Matilde.

La compañera de Enrique, ante una seña que le hizo éste, dudó unos segundos y al fin murmuró:

—Sí, ésta es la señora.

—¡No lo es! —exclamó Matilde—. ¡Les digo que no lo es!

—¿Está usted segura?—preguntó de nuevo Gilbert.

—Segurísima —respondió otra vez.

—Gracias, muchas gracias—le dijo el joven—. Siento haberla molestado, señora Kummer.

Entró nuevamente a su departamento, mientras los otros se marchaban, y encarándose con Enrique, le dijo:

—¿Es que no vas a decirme nada? Lo menos que podías hacer es darme las gracias.

—¿Qué quieres que diga?—respondió él indiferentemente—. Lo has hecho solamente por salvarte a ti.

Gilbert echó a andar tras Matilde, mientras ésta le decía:

—Esa mujer ha mentado. Lo he adivinado en su cara. Todos mienten aquí... Pero, ¿por qué mienten?

Gilbert la vió tan excitada, que trató de calmarla, diciéndole:

—Síntese usted y tómesele con calma.

Matilde le miró algo sorprendida, y al fin le dijo:

—¿Cree usted esa sandez de que yo he sustituido la cara de miss Froy por la de madame Kummer?

—De todos modos, madame Kummer ganaría en el cambio—le respondió bromeando Gilbert.

—Ya ha hablado usted bastante en broma—le dijo Matilde, de mal humor—. Miss Froy estaba en el tren. Yo sé que estaba y nada me convencerá de lo contrario... Nada, ¿me oye usted?... ¿Pero es que va usted a seguirme como un perrito faldero?... Déjeme ya.

Gilbert se daba cuenta del estado de ánimo de la muchacha, y sin tener en cuenta aquella despedida, le dijo riendo:

—Más bien como un perro policía. Pero crea que tengo las mejores intenciones.

—Bueno, pues cuando yo necesite de su protección, le llamaré.

Pero ella misma se dió cuenta de que no tenía razón de tratarlo de aquel modo, y rectificando su actitud, le dijo amistosamente:

—No se enfade. El doctor tenía razón. Usted también la tiene. Yo nunca vi a miss Froy en el tren y no ha ocurrido nada. Ahora ya lo sé.

Gilbert sonrió ante la confesión de aquella muchacha, cuyo carácter rebelde le gustaba tanto, quizá porque se parecía mucho al suyo, y le respondió:

—Me alegro de que por fin se lo tome usted así. Lo que usted debería hacer es olvidar todo lo ocurrido. Dé unas vacaciones a su cerebro. Fijese en mí y dígame qué le parece si vamos ahora a tomar un bocadito.

—Lo que usted quiera—le respondió ella, ganada por completo por la simpatía de Gilbert.

Fueron juntos al coche restaurante, y una vez que se sentaron ante una de las muchas mesas que había vacías, Gilbert volvió a preguntarle:

—¿Cree usted que podrá comer?

—Puedo intentarlo — respondió Matilde.

—Así me gusta—le dijo él, para animarla—. Mañana se sentirá usted completamente nueva.

—Así lo espero. No quisiera ver a mi prometido bajo un estado de demencia.

Gilbert se la quedó mirando extrañado. La palabra «prometido» le sonó tan malamente que no pudo menos que exclamar:

—¿A su prometido?

—Sí, debo casarme el jueves.

—Pero es que lo dice usted como

si esperara el vencimiento de una letra. ¿Está usted segura de que no es otra cosa más de su imaginación?

—Completamente segura.

Gilbert estuvo a punto de decir la verdad de lo que sentía, pero afortunadamente un camarero vino a interrumpir la conversación y le preguntó:

—¿Qué va usted a tomar?

—Cualquier cosa — le respondió ella.

—Pues debe usted estudiar el menú.

Eligieron el menú y Gilbert le dijo, queriendo apartarse de la idea de que aquella muchacha fuese a casarse el próximo jueves.

—Yo tengo un tópico mucho más interesante que sugeriría.

—¿De veras?—preguntó ella interesada.

—¿Le gustaría a usted conocer algo de mi vida?

—¿Por qué no?

—Bien — dijo riendo Gilbert—. Ya que tanto me ha insistido en conocerla, le voy a dar algunos detalles. Comenzaré por mi padre. Es curioso que la mayoría de los grandes hombres comiencen por su padre...

Apareció nuevamente el camarero y trajo lo que la habían pedido, preguntando:



—¿Quieren el té Harriman?

—Yo, no—respondió Gilbert.

—Pues hay un millón de mejicanos que lo toman—respondió Matilde, acordándose de lo que le había dicho miss Froy.

—Tal vez—le dijo a su vez Gilbert—, pero mi padre no lo tomó nunca.

Matilde, presa otra vez en sus pensamientos respecto a la desaparición de su vieja amiga, exclamó como si hablase consigo mismo:

—Miss Froy le entregó al camazero un paquete.

—¿De qué?—preguntó Gilbert?

—De té marca Harriman. Es la única clase de té que ella tomaba.

Gilbert la miró un tanto desconcertado, y al fin le reprendió con dulzura:

—Creí que habíamos acordado olvidar ese asunto.

—Pero es una realidad, aunque lo olvidemos. Estoy segura de que ocurrió así.

—Acuérdese de nuestro convenio—insistió él.

—Lleva usted razón. Perdóneme. Siga usted, se lo suplico.

—Pues como iba diciendo, mi padre era un hombre verdaderamente curioso.

—¿Acaso tocaba la flauta?—le preguntó Matilde riendo y acordán-

dose de qué forma trabó conocimiento con él.

—Incesantemente—afirmó Gilbert—, Nunca dejó de hacerlo. Yo no he podido evitar el heredar su amor a la música.

—¿Por qué no?—preguntó con curiosidad.

—Sencillamente, porque tué lo único que me dejó.

Matilde se echó a reír alegremente ante la ocurrencia de su amigo, y éste continuó diciéndole después de mirarla contemplativamente unos segundos:

—Usted es una chica terriblemente atractiva... ¿No se lo ha dicho nunca nadie?

Matilde no quiso darle pie para que siguiera galanteándola, y le respondió:

—No hablemos de eso... Me estaba usted diciendo...

—Bien, sigamos—respondió Gilbert—, Después de pagar las deudas de mi padre, me puse a viajar antes de que fueran a cobrar los cheques. Actualmente estoy escribiendo un libro sobre bailes populares... ¿Quiere usted comprarme una copia?

—Me encantaría. ¿Cuándo saldrá a la venta?

—Dentro de cuarenta años.

—Eso es mucho tiempo—dijo ella siguiendo la broma.

—Es que es un libro muy grande.



Callaron los dos. Matilde sintiendo la atracción de la simpatía de Gilbert, y éste sintiendo también el influjo de la belleza de la joven. Por fin fué el quien rompió el silencio diciendo:

—¿Sabe por qué me encanta usted tanto? Yo se lo diré.

Ella le miró sonriente. Le halagaba que él la encontrase encantadora, y Gilbert continuó:

—Tiene usted dos grandes cualidades que yo admiraba en mi padre...

Pero en aquel instante Matilde palideció, y Gilbert, al verla en aquel estado preguntó:

—¿Qué le ocurre?

—En el cristal de esa ventanilla está escrito el nombre de miss Froy. Me acuerdo que yo le pregunté cómo se llamaba y como no lo entendía por el ruido que en aquel instante hacía el tren, ella misma lo escribió en el cristal humedeciéndose el dedo. El polvo ha dejado escrito su nombre y al pasar ahora por este paraje tan verde, he podido leerlo otra vez.

—Vamos, cálmese—intentó nuevamente tranquilizarla Gilbert.

—No puedo — exclamó Matilde dejando en libertad todos sus nervios—. Tenemos que hallarla. Algo le está pasando.

Se había puesto en pie, como si le

fuera a dar un ataque, y gritando desesperadamente volvió a decirle.

—¡Pare el tren!

Los otros viajeros que estaban comiendo miraron extrañados a Matilde, y ésta volvió a decir:

—Escúchenme todos. Hay una mujer en este tren, miss Froy. Algunos de ustedes tienen que haberla visto. Alguien tiene interés en ocultarla. Me dirijo a todos ustedes para que se detenga el tren. Por favor, ayúdenme... Hagan algo... Y usted, haga algo, también...

Gilbert se acercó a ella, al mismo tiempo que el doctor, quien trató de calmarla, diciéndole:

—Por favor... Por favor... Cálmese...

Matilde tiró del timbre de alarma, al mismo tiempo que le decía al doctor:

—Ya lo sé... Usted cree que estoy loca, pero no lo estoy... No lo he estado nunca... Déjenme... Déjenme usted.

El tren se detuvo casi instantáneamente, y cuando Gilbert dió cuenta de lo ocurrido a todos los empleados, se pusieron a buscar a miss Froy, hasta que por fin al cabo de un rato se dieron por vencidos al ver que allí no existía aquella mujer de quien hablaba Matilde.

Los que estaban más desesperados de todos los viajeros eran Char-

ters y Cladicot. El primero de ellos, cuando por fin el tren volvió a reanudar la marcha, exclamó:

—Diez minutos perdidos por causa de esa idiota. Si sigue haciendo de las suyas, no llegaremos a tiempo de ver el último encuentro.

—Yo creo que no habrá manera de convencerla.

—¿De qué?

—Quiero decir—insistió su ami-

go—, que no habrá manera de convencerla de que la gente desaparece así como así...

—¿Pero ha desaparecido?

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? Aquella vieja que la acompañaba.

—Claro que sí—respondió Cladicot.

—Pero, ¿cómo ha podido ser?

—Eso es lo que yo no sé.

## LA INTERVENCION DEL DOCTOR PARS

HASTA ahora la intervención del doctor Pars había sido muy limitada. Pero desde aquel instante empezó a temer por la actitud de Matilde y le recomendó a Gilbert:

—Le digo a usted, amigo mío, que si no descansa yo no respondo de las consecuencias. Sería mucho mejor que viniera conmigo... Usted puede persuadirla.

—Lo procuraré—dijo Gilbert.

Se fué nuevamente junto a Matilde, que parecía medio dormida dentro de su departamento, y cuando estaba esperando que ella se despertase, vió el envoltorio de un paquete de té que habían tirado desde la cocina y que casualmente el viento arrastró, dejándolo pegado

durante unos segundos en el cristal de la ventanilla del departamento. Aunque fueron tan sólo unos segundos, éstos bastaron para que Gilbert pudiera leer la marca del té y para que de pronto se diese cuenta de que todo cuanto había dicho Matilde era verdad; llamó suavemente a la muchacha y le dijo:

—Este es un tren cosmopolita. Hay pasajeros de todas las naciones. Acabo de ver por lo menos un millón de mejicanos en el pasillo.

Le hablaba bajo, temiendo que alguien pudiera oírlo, y Matilde le preguntó extrañada:

—¿Por qué tanto misterio?

—Miss Froy está en el tren.

Ella le miró algo extrañada y Gilbert le explicó:

—Tiene usted razón. Acabo de ver el paquete de té que usted ha mencionado antes. Lo han tirado junto con la basura. Venga, vamos a registrar el tren.

Empezaron a recorrer el tren hasta que entraron en el vagón de equipajes. Allí había varios trastos y entre ellos un baúl, una caja de esas que usan los prestidigitadores para hacer desaparecer los objetos y personas, una canasta en cuyo interior iba una ternera y una gran figura, de tamaño natural, que era el mismo Doppo.

Gilbert encontró también una tarjeta de este individuo y leyó lo que decía:

«El gran Doppo. Prestidigitador, ilusionista y adivinador.»

Luego recogió otro cartel donde se anunciaba al artista, y que decía también:

«Signor Doppo aparecerá en todas las ciudades y principales teatros. Vea usted su truco sensacional, LA MUJER QUE DESAPARECE»

—Tal vez sea ésta la explicación de todo—dijo Gilbert a Matilde—. A lo mejor está haciendo prácticas con miss Froy.

—¿Cree usted que pueda tratarse de un truco publicista o algo por el estilo?—preguntó Matilde.

—No lo creo — respondió Gilbert—. ¿Cómo se explicaría enton-

ces lo de la baronesa y madame Kummer? Mi teoría es que creo que estamos amenazados invisiblemente.

Mientras hablaba Matilde se había colocado dentro de la caja de desaparición de Doppo. Sin saberlo tocó un resorte interior y desapareció de la vista de Gilbert, que comenzó a llamarla y a preguntar:

—¿Dónde está usted?

—Estoy aquí, aspirando un fuerte olor a naftalina.

Por fin pudo salir Matilde por la otra parte, y al encontrarse al lado de Gilbert, le preguntó extrañada:

—Pero, ¿qué clase de mueble es éste?

—No se asuste, que no tiene nada de particular. En la jerga artística se llama «gabinete de esfumación». Se mete usted dentro y ya ve cómo desaparece.

—¿Y qué cree usted de todo esto?—preguntó Matilde, sentándose al lado de Gilbert, que le respondió:

—Pues que todo este asunto necesita reflexionarse. Ahora examinemos los hechos como lo haría cualquier detective... Una mujer pequeña desaparece. De pronto, todos cuantos la han visto insisten en que no la han visto jamás. Nosotros sabemos que no es cierto. Por lo tanto, la han de haber visto. Y si es así, todos mienten deliberadamente... ¿Por qué?



—Yo no lo soy—respondió Matilde, como si fuera el ayudante de aquel imaginario detective.

—No hay necesidad de enredarla a usted en este asunto—siguió diciendo Gilbert—. Yo se lo diré. Todos niegan, porque no quieren que venga una investigación. ¿Y por qué? Pues porque miss Froy todavía está escondida en alguna parte.

—Eso ya lo dije yo — exclamó Matilde.

—¡Ah! usted ya lo dijo. Pues bien, ya sólo queda una cosa: registrar el tren bajo un disfraz.

Pero de pronto Matilde vio en el suelo unas lentes rotas y exclamó:

—Estos lentes son los mismos que llevaba miss Froy.

—¿Está usted segura?—preguntó Gilbert recogiéndolos.

—Claro que sí. Indudablemente, se romperían en la lucha.

Y cuando estaban inspeccionando los lentes apareció Doppo, que al ver el objeto que miraban, les dijo:

—¿Quieren hacer el favor de darme esas lentes? Son los míos.

—¿Los suyos? — preguntó Gilbert—. Usted no ha llevado lentes nunca.

—Pues exijo que me los entregue usted inmediatamente.

—Estos lentes—siguió diciéndole Gilbert—pertenecen a miss Froy.

Ella ha estado aquí dentro y eso lo sabe usted.

Doppo, al oír esto, se arrojó sobre Gilbert para quitarle los lentes, y entre los dos hombres comenzó una titánica lucha. Rodaron por el suelo, y Matilde saltaba de un lado para otro para poder ayudar a su amigo, hasta que este último pudo gritarle:

—No siga usted saltando como si fuera un árbitro. Déle una patada y vea si tiene doble fondo.

Doppo renovó sus esfuerzos y consiguió caer sobre Gilbert, quien pidió auxilio a Matilde, diciéndole:

—Tírele usted de las orejas... Ya verá usted cómo esta vez no falla.

Y, en efecto; ante el tirón de orejas de Matilde, Doppo soltó a Gilbert y se puso en pie. Mas apenas lo había hecho, sacó un cuchillo, con ánimos sin duda de agredirle y Gilbert, mientras le sostenía el brazo en alto para que no le hiriese, le dijo a Matilde:

—Procure quitarle el cuchillo.

Matilde se subió encima de una caja y mordió con tal fuerza la muñeca de Doppo que éste se vio obligado a arrojar el cuchillo al suelo. Hecho esto cogió un madero que había en el suelo y le asió un golpe en la cabeza, dejándolo atontado.

Entre los dos lo metieron en uno de los baúles que había allí y se sentaron sobre la tapa. Pero de pronto

Gilbert creyó que no estaba bastante seguro y le dijo a su amigo:

—Mejor será que le amarre...

Una cuerda que había allí les sirvió para amarrar el baúl, y cuando hubieron terminado, Gilbert quedó satisfecho, diciendo:

—Por fin hemos hecho algo bueno... Ya sabemos definitivamente que miss Froy ha desaparecido en este tren y que nuestro amigo aquí presente está en el ajo... Pero ahora deberá estar quieto hasta que demos con ella. Ha sido un trabajo difícil, pero que bien valió la pena... Deme ahora los lentes, que son una prueba de la culpabilidad de este individuo.

—Los tiene usted—le dijo Matilde.

—Yo tampoco los tengo—exclamó Gilbert—. Debe tenerlos él. Los habrá cogido en la lucha.

Inmediatamente se pusieron a quitar las amarras del baúl y cuando abrieron se encontraron con la sorpresa de que Doppo no estaba allí.

—Se ha esfumado—exclamó Gilbert.

—¡Ha desaparecido!—dijo asombrada Matilde—. ¿Qué hacemos?

—Callar—le aconsejó Gilbert—. Ahora, si se lo decimos a los demás, causaremos más alboroto. Estamos metidos en un lio enorme, querida.

No podemos luchar contra todos los pasajeros... Necesitamos aliados.

—¿En quién podemos fiar?—preguntó Matilde.

—Eso mismo es lo que yo pregunto.

—Sólo hay una persona que pueda ayudarnos. El doctor Pars.

—Ha dado usted en el clavo—le dijo Gilbert—. Vamos a buscarle. Probablemente estará con su paciente.

Fueron al departamento donde estaba el paciente del doctor y vieron que allí solamente estaba la enfermera y el enfermo.

—No está aquí—dijo Gilbert saliendo seguido de Matilde.

Quedaron unos segundos en silencio y de pronto Gilbert, como si estuviera alumbrado por un raro presentimiento, exclamó:

—Se me acaba de ocurrir una idea algo descabellada.

—¿Cuál?

—Supongamos que el paciente del doctor sea la misma miss Froy...

—No puede ser—respondió Matilde—. El paciente del doctor no subió al tren hasta después de haber desaparecido miss Froy.

—Es verdad. Ya le dije que era una idea descabellada. Busquemos al doctor.

Pero de pronto, Matilde, que no había terminado de cerrar la puerta

del departamento, se acercó al oído de Gilbert, para no ser oída más que por él, y le dijo:

—He advertido una cosa.

—¿Cuál?

—Esa monja, la enfermera del paciente.

—¿Qué le pasa?

—Las enfermeras no llevan tacones altos.

—Es verdad — respondió Gilbert—. Además, nadie vió subir al tren a madame Kummer. Supongamos que trajeron a miss Froy hasta el vagón de equipajes y la escondieron allí. En la primera parada subieron al paciente completamente tapado, que el paciente fuera madame Kummer y que luego ésta se transformara en miss Froy... ¿No puede ser todo esto verosímil?

—Claro que sí — respondió Matilde.

—Pues investiguemos de nuevo. Vamos a entrar otra vez.

Entraron de nuevo al vagón y Gilbert comenzó a hablar con la enfermera, sin que ésta le respondiera ni siquiera con un gesto. En vista de su silencio, empezó a quitar las vendas que cubrían por completo el rostro del paciente, y apenas había hecho más que comenzar, cuando entró el doctor y exclamó extrañado:

—¿Qué está usted haciendo?... ¿Por qué está aquí dentro?

—Es que queremos que deshaga usted estos vendajes para ver el rostro del paciente.

—¿Se ha vuelto usted loco?— exclamó el doctor—. Debajo de esas vendas no existe todavía cara alguna; sólo hay muñones de carne viva. Ese paciente ha perdido ya tanta sangre que sólo una transfusión puede salvarla... ¿Qué quiere usted que haga, que asesine a mi paciente?

—¿Está usted seguro de que es su paciente?— preguntó Gilbert.

—Nosotros creemos que es miss Froy.

—No pueden ustedes hablar en serio— respondió el doctor, mirando receloso a la enfermera—. Pero, ¿quién ha podido meterles a ustedes esa cosa en la cabeza? No habrá sido la enfermera, porque es sordomuda. Espérenme en el salón comedor. Yo iré en seguida.

Salieron los dos jóvenes y en cuanto quedó solo el doctor le preguntó a la enfermera:

—¿Cómo han sabido esto?

—¿Cómo quiere usted que lo sepan? — respondió la enfermera—. Alguien tiene que habérselo dicho.

—Cállese — le dijo el doctor—. Usted no puede hablar.

—Usted no me dijo que se trataba de una compatriota mía—le reprochó la fingida enfermera.

—Eso es lo de menos... Escúcheme ahora. Dentro de un instante yo ordenaré tres bebidas en el vagón comedor. La mía será chartreux. Dete esto a Alex—y le entregó dos ampollas—, dígame que ponga su

contenido de cada una en las dos copas... ¿Ha entendido?

—Sí—respondió la enfermera.

Salió el doctor, seguro de que de aquella forma acabaría de una vez con la intromisión de aquellos dos muchachos.



## UN NARCOTICO QUE NO SURTE EFECTOS

CUANDO Gilbert y Matilde entraron de nuevo en el vagón comedor, estaban allí Gladicot y Charters. Este, al verlos llegar, exclamó de mal humor:

—Ahí está otra vez esa chica.

—Parece haberse repuesto — le dijo su amigo—. Menos mal que se le ha pasado.

Los dos jóvenes, sin hacer caso de ellos, se sentaron a una de las mesas y esperaron la llegada del doctor. Al cabo de unos minutos se presentó éste y les preguntó:

—Ahora, ¿quieren ustedes decirme por qué tienen esa sospecha?

—¿Le ha visto usted la cara a su paciente?—le preguntó Gilbert.

El doctor dudó unos segundos antes de responder y al fin les dijo:

—No. Yo sólo he recibido un mensaje diciéndome que recogiese al paciente y le operase.

—Entonces, ¿cómo es que sabe usted que no es miss Froy?—preguntó Gilbert.

—Nosotros cremos que ha habido una sustitución, doctor—le dijo Matilde.

En aquel momento se presentó el camarero, que era el mismo Alex, y les preguntó:

—¿Desean ustedes algo?

—Yo tomaré un chartreux—respondió el doctor—. ¿Quieren ustedes tomar algo?

—Yo tomaré un coñac—dijo Gilbert—. Usted también debe tomarlo. Eso le aplacará los nervios, Matilde.

—Bueno—aceptó la muchacha—tomaré una copita pequeña.

—Desapareció el camarero y Gilbert continuó diciendo:

—Dígame, doctor, ¿usted sabe algo de esa enfermera que acompaña al paciente?

—Sólo sé que pertenece a una clínica cercana al lugar donde ocurrió el accidente.

—¿Y no le parece a usted muy extraño que esa enfermera lleve zapatos de tacón alto?

—Eso es muy extraño—replicó el doctor.

—No lo dude usted, doctor—siguió diciéndole Matilde—. Se trata de un rapto... ¿Qué otra cosa puede ser? Toda esta gente dice que no han visto a miss Froy, cuando en realidad la han visto. Esto lo sabemos porque ahora mismo, en el vagón de equipajes, ha ocurrido algo extraordinario.

Y Matilde le refirió todo cuanto había pasado con Doppo, y terminó diciéndole:

—Y al final, ese hombre nos arrebató los lentes.

—Todo eso es muy extraño—respondió el doctor—. Y lo más extraño es que todo el mundo niegue haber visto a miss Froy. Hasta esos dos señores que están ahí lo negaron.

—Todo es diplomacia, doctor—le dijo Gilbert.

—Comprendido — dijo el doctor—. Pero lo que no sé me alcanza es qué interés pueden tener en apoderarse de esa pobre señora.

—Eso es lo que nos extraña a nosotros también. Todo cuanto sabemos es que ella estaba aquí, en el tren, y que ahora no está.

—Pues si lo que usted dice es cierto, resulta que tenemos en contra a todos los pasajeros.

—¿Y qué es lo que debemos hacer?—preguntó Matilde.

—Yo, en vista de lo que ustedes me han dicho, voy a reconocer al paciente—contestó el doctor—. Váyase a su departamento y allí me aguardarán.

Una vez que los hubo dejado en el departamento que encontró sin ocupar, el doctor se fué adonde estaba su paciente y la enfermera le preguntó al verle entrar:

—¿Ocurre algo?

—Nada—respondió el doctor—, excepto que han notado que lleva usted tacones altos. De todos modos no importa; llegaremos dentro de tres minutos... Vaya viaje accidentado que nos han dado esos muchachos.

Volvió otra vez al vagón donde estaban los dos jóvenes, a quienes creyó encontrar dormidos. No le ex-

trañó mucho, sin embargo, que estuvieran despiertos, y Matilde, al verle entrar le preguntó:

—¿Ha examinado usted al paciente?

—Sí.

—¿Y qué?

—Que están ustedes en lo cierto. El paciente es miss Froy. Van a bajarla del tren dentro de unos minutos. Allí será trasladada al hospital y operada en él. La «operación», por desgracia, no creo que tenga éxito.

—Tenemos que impedirlo—exclamó Gilbert, tratando de levantarse. Y su asombro no tuvo límites cuando vio que el doctor se metía la mano en el bolsillo de la americana y le amenazaba con una pistola, al mismo tiempo que le decía sonriendo cínicamente:

—Quizá no me he explicado bien. La «operación» será llevada a cabo por mí. Sepan que yo tomo parte en este rapto... Son ustedes una pareja de jóvenes muy listos, pero es inútil que piensen ustedes, como seguramente lo están haciendo, la forma de salir de esta situación. El licor que acaban ustedes de tomar contenía una dosis de narcótico... No se alarmen, se trata de una droga que en pequeñas dosis tiene la propiedad de paralizar el cerebro y adormecer a la víctima por un tiempo considerable. Aplicado en dosis

ligeramente mayor, conduce a la locura. De todos modos, les doy mi palabra de que la dosis ha sido normal.

Matilde, al oír la explicación, sintió que por todo su cuerpo corría un frío inmenso. Le pareció que el vagón daba vueltas y cayó desvanecida sobre las rodillas de Gilbert. El doctor siguió diciéndole a él:

—Dentro de unos instantes le ocurrirá a usted lo mismo... Siento mucho haber tenido que recurrir a esto, pero su insistencia en buscar a miss Froy me ha obligado a ello.

Gilbert dejó caer también la cabeza y el doctor, seguro de que el narcótico comenzaba a hacer sus efectos, salió del vagón tranquilo, cerrando la puerta para que no pudiera entrar nadie.

Al cabo de unos segundos de haberse marchado el doctor, Gilbert abrió los ojos. Sobre él el narcótico no había producido ningún efecto y llamó a Matilde para ver si ella podía estar también en disposición de ayudarlo.

—¿Está usted bien? — le preguntó.

—Me siento algo mareada.

—Eso ha debido ser del susto. A mí el narcótico no me ha hecho nada. Pobre chiquilla—le dijo acariciándola.

—Yo no debí meterle a usted en semejante lío—se reprochó ella—.

Si hubiera hecho caso a Blanca y a Julia; no habría tomado este tren. Ellas no querían que yo regresara y menos aún a casarme.

—Me parece que la aconsejaban bien — dijo bromeando Gilbert—. ¿Cómo es él?

Ella le miró cariñosamente y le respondió:

—No es justo que me haga usted semejantes preguntas cuando estoy en un estado semiinconsciente. Si se lo digo, ¿no hará usted uso de ello cuando mejor?

—¿Por qué había de hacerlo?

—Pues temo que no sea la clase de hombre que a mí me gusta—le confesó ella.

—¿Conoce usted a alguno mejor que él?—le preguntó con intención Gilbert.

—Recuerde usted que estoy semiinconsciente—dijo ella riendo.

—Pues por eso se lo pregunto.

—Pues yo creo que conozco a otro mejor.

—¿Desde cuándo ha empezado usted a pensar así? — le preguntó Gilbert.

—No lo sé—confesó Matilde—. Yo creo que uno nunca sabe cuándo empieza a pensar en esas cosas.

—Pues yo empecé a pensarlo cuando entré en su habitación—le dijo Gilbert.

—¿De veras? — preguntó alegremente—. Pues yo creo que empecé un poco más tarde... Pero pensemos en miss Froy.

—Es verdad—exclamó Gilbert—. No sé qué hacemos aquí como un par de tontos... Hay una mujer ahí al lado que va a ser asesinada... Tenemos que darnos prisa, antes de que fluyen a cabo sus designios. Una vez lei que si uno se agita constantemente es posible evitar el sueño.

Intentaron salir, y cuando Gilbert se dio cuenta de que estaban las puertas cerradas, exclamó:

—Nos han encerrado, pero no importa. Saldré por la ventanilla y por la ventanilla entraré en el otro vagón, donde está miss Froy.

—Puede usted caerse — le dijo angustiada Matilde.

—No se preocupe—le tranquilizó Gilbert—; es sólo aquí al lado. Usted siga despabilándose. Haga ejercicio, haga algo, pero no se duerma.

Salió por la ventanilla, y aferrándose con todas sus fuerzas al saliente de la otra, consiguió llegar hasta el coche donde estaba miss Froy. Cuando empezó a quitarle las vendas, la enfermera le dijo para tranquilizarle:

—Hágalo. No debe usted tener miedo. Es miss Froy. No crean que



les hayan dado droga alguna. A mí me dijeron que les pusiese algo en la bebida, pero yo no lo hice.

—¿Quién es usted? —preguntó Gilbert, mientras seguía quitando todas aquellas vendas.

—No pregunte nada... Si quiere usted salvarla, dese prisa.

Por fin las vendas descubrieron el rostro del paciente, y Gilbert, para tranquilizarla, le dijo:

—No se preocupe, miss Froy, está usted entre amigos.

—Pars regresará pronto... ¿Qué va a ocurrir entonces?—preguntó la enfermera.

—Si pudiéramos contenerle hasta que pasemos la frontera—comentó Gilbert.

En aquel momento entró madame Kummer. Intentó gritar, pero Gilbert le tapó la boca con una mano, mientras que la sostenía con la otra. La situación era embarazosa por demás, y la enfermera preguntó:

—¿Y qué hacemos ahora con esta mujer?

—Ella misma ha venido a darnos la solución—le dijo Gilbert—. La pondremos en lugar de miss Froy. Quizá aun tengamos tiempo.

Entre los dos la amarraron y la vendaron igual que estaba antes miss Froy, es decir, cubriéndole toda la cara, de forma que no pudiera ser reconocida. Una vez que la dejaron acostada en la misma camilla, Gilbert cogió de la mano a miss Froy y le dijo:

—Venga conmigo.

La llevó al otro vagón, donde estaba Matilde, que hacía gimnasia para no dormirse, y Gilbert le dijo, al verla haciendo aquellos ejercicios:

—Déjese de tonterías, que no ha tomado usted ninguna droga.

—Miss Froy—exclamó alegremente Matilde al verla—. ¿Está usted bien?

—Gracias a usted, querida—exclamó miss Froy, abrazándola.

En aquel momento oyeron unos pasos que se acercaban y escondieron a miss Froy en un pequeño armario del vagón, mientras que ellos dos fingían estar durmiendo. En efecto, entró el doctor, los vió dormidos y se fué tranquilo de que nada había ocurrido. En cuanto desapareció sacaron nuevamente a miss Froy.

## CERCA DE LA FRONTERA

**E**l pueblo adonde se dirigía Pars con miss Froy, era el último de aquel país, y limitaba casi con la frontera. Allí habían de sacar la camilla y conducir a miss Froy al lugar que ya tenían destinado de antemano. Cuando el tren paró, los dos jóvenes ocultaron de nuevo a miss Froy y ellos se pusieron a observar desde la ventanilla para ver cuándo se marchaba el doctor.

Desde el vagón vieron cómo sacaban la camilla, cómo la ponían dentro de la ambulancia y cómo subían la enfermera y el doctor a la ambulancia.

Pero de lo que no se dieron cuenta ninguno de los dos amigos fué que el doctor vió a Gilbert espíandolos. Hizo bajar a la enfermera y

la obligó de nuevo a subir al tren, diciéndole:

—Suba usted de nuevo al tren.

La enfermera, segura de que no podía hacer ninguna resistencia, aceptó la orden, mientras que el doctor hablaba con varios agentes de policía y les daba ciertas instrucciones. Inmediatamente éstos se pusieron en acción y antes de que nadie se pudiera dar cuenta, el tren partió nuevamente.

El doctor, antes de emprender la marcha el tren, habló unos segundos con la baronesa y se despidió de ella diciéndole:

—En el mismo lugar estaré.

Al poco rato de haber arrancado el tren, la baronesa se encaró con la enfermera, diciéndole:

—Nos ha traicionado usted... ¿Qué queja tenía de nosotros?

—Ya sé que se me ha pagado bien, pero esto que trataban era un crimen y no he querido secundarles.

—¿Usted no es bandiricana?—le preguntó la baronesa.

—Mi marido sí lo era, pero yo no, y miss Froy es compatriota mía.

—Pues su pequeña diversión—le dijo Pars, que había subido también al tren—nos ha obligado a deshacernos, no sólo de la señora en cuestión, sino de otras personas también.

La enfermera los miró aterrorizada y suplicó:

—Ustedes no pueden hacer tal cosa...

—Lo contrario sería una imprudencia por nuestra parte—siguió diciéndole el doctor—el permitir la existencia de alguna persona que nos pueda delatar.

—No harán tal cosa—exclamó la enfermera sobreponiéndose a su espanto—. Yo sé demasiadas cosas.

—Precisamente por eso—insistió el doctor.

Y mientras esto ocurría en el vagón de la baronesa, en el otro, donde estaban Matilde y Gilbert, éste le decía a miss Froy:

—Ya puede usted estar tranquila. Ya debemos haber pasado la frontera.

—¡Dios bendito!—murmuró miss Froy—. ¡Qué jornada tan desagradable!

—Bueno, pero ahora que ya todo ha pasado, nos gustaría saber todo lo ocurrido.

Un grito de mujer cortó la conversación de los tres amigos, y miss Froy exclamó:

—Ha sido un grito de mujer.

—O el pito del tren—dijo Gilbert que quería saber los motivos del secuestro de miss Froy.

Gilbert se asomó a la ventanilla y vio algo que le llenó de sorpresa. Los vagones que iban detrás seguían por otra vía, con otra máquina, y el de ellos y dos más con el coche restaurante, seguían otra vía distinta.

—Estamos perdidos—exclamó el muchacho—. Al pasar por un cruce de vías, han desenganchado los vagones traseros del tren.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó miss Froy.

—Escúcheme usted—le dijo Gilbert—. ¿Por qué hacen tantas cosas estas gentes para apoderarse de usted?

—Les aseguro que no tengo la más remota idea—respondió miss Froy—. Yo soy una simple institutriz... como ustedes ya saben... lo único que acierto a pensar es que esta gente me han tomado por alguna otra persona.

—Está bien. Vamos a ver si ha quedado alguien más en el tren.

Fueron al coche comedor y allí encontraron a Charters y Cladicot, que seguían discutiendo las partidas que habían visto.

Gilbert, cuando entró, llamó la atención de todos los que estaban allí, diciéndoles:

—Tengo algo que decirles. ¿Quieren hacer el favor de escucharme todos? Ha sido cometido un atentado con el fin de suprimir a esta señora. Tenemos buenas razones para suponer que las personas responsables del hecho van a volver a intentarlo.

—¿Pero de qué demonios habla este muchacho?—exclamó Charters.

—Si no me creen ustedes asómbrense ahí fuera. Este tren ha sido desviado a otra ramificación.

—No tengo la menor idea de lo que quiere usted decirnos—le dijo nuevamente Charters.

Enrique y su compañera, que habían salido de su departamento al oír aquellos gritos, escucharon las explicaciones de Gilbert y él lo contestó con el mismo aire despectivo que usaba siempre:

—Oiga, joven, a nosotros no nos interesa nada de eso. Ya nos ha importunado usted bastante con sus historias ridículas.

En aquel momento quedaron detenidos los vagones y Gilbert vio sa-

lir del tren a la baronesa acompañada de Pars. Los dos se dirigieron campo traviesa hasta la carretera, donde había unos coches parados, y el amigo de Matilde llamó la atención de los viajeros diciéndoles:

—¿Ven ustedes esos coches? Están ahí para llevarse a miss Froy. Por eso han separado estos vagones del resto del tren.

Cladicot dió un salto como si le hubiera picado un reptil, y exclamó:

—Oiga, joven, esa bromita es demasiado pesada.

—Venga usted conmigo y lo comprobaré—le dijo Gilbert.

En efecto, a los pocos segundos pudo comprobar que era verdad y descubrir también a la enfermera, que la habían dejado amortazada y atada para que no pudiera gritar ni huir.

La condujeron al coche restaurante y le dieron un poco de coñac para reanimarla.

Cuando terminó de beber el coñac, vieron venir a un agente de la autoridad, quien entró en el tren y les dijo:

—Vengo a ofrecerles a ustedes toda clase de excusas. Ha ocurrido un incidente extremadamente serio. Se ha atentado contra la vida de algunos pasajeros de este tren. Afortunadamente, han sido informadas las autoridades y les ruego que ven-



gan conmigo para acompañarles ante ellas... Los coches están a su disposición.

La enfermera, mientras hablaba el agente de la autoridad, se acercó a Gilbert y le dijo algo al oído. En cuanto el agente terminó de hablar, Gilbert, sin mediar palabra, le propinó un golpe en la cabeza con una silla y rodó por el suelo sin sentido.

—¿Qué demonio ha hecho usted?—exclamó Charters.

—¿Es que no oyó usted lo que nos dijo?—preguntó Cladicot.

—Claro que oí lo que dijo—respondió tranquilamente Gilbert—. Eso fué sólo una añagaza para hacernos bajar del tren.

—Esto puede traer graves consecuencias. Yo voy ahí fuera a poner en claro las cosas—dijo Charters.

Pero apenas apareció en el dintel de la puerta del vagón, desde los coches dispararon sobre él y le hirieron en un brazo.

Volvió al coche restaurante y le dijo a Gilbert:

—Tenía usted razón. Como calgamos en sus manos, estamos perdidos.

—Que vienen—exclamó Cladicot.

—No les dejen entrar—gritó la enfermera—. Nos asesinarán. Ahora no nos dejarán ir por nada del mundo.

Desde fuera, el doctor Pars les gritó:

—Les ordeno que se rindan inmediatamente.

—Nada de eso—le gritó a su vez Gilbert—. Si se acerca usted un paso más, disparo.

Gilbert se había apoderado de la pistola del agente y con ella amenazaba al doctor y a los que le acompañaban.

La contestación de ellos fué disparar sobre los viajeros; y Gilbert ordenó:

—Pongámonos a cubierto... Empezarán de un momento a otro.

En efecto, comenzaron los disparos desde una y otra parte, y Cladicot exclamó:

—Vaya jaleo... No me gusta el cariz del asunto.

—¿Tenemos bastantes municiones?—preguntó Charters, que había tomado el partido de defenderse y ayudar a Gilbert.

—Toda una cartuchera—le respondió.

—Pues los aguantaremos.

—Esto es una locura—exclamó Enrique, cada vez más temeroso de verse envuelto en aquel lío.

Su compañera le miró indignada y le dijo:

—Haz lo que te dicen, Enrique.

—No sea usted estúpido, amigo—le dijo Cladicot—. Ya ha oído

usted lo que nos dijo la enfermera. Si nos rendimos, estamos listos.

El tiroteo era cada vez mayor. Los de dentro del tren hacían esfuerzos extraordinarios para poder contener a los que venían por ellos, mientras que Enrique seguía protestando de que se produjeran en aquella forma, en contra de las recriminaciones que le hacía su compañera.

Al cabo de unos segundos vieron que Enrique y su compañera forcejaban, y Gilbert preguntó:

—¿Qué pasa?

—Que tiene una pistola y no quiere hacer uso de ella—dijo su compañera.

—¿Qué es lo que se propone usted?—preguntó Cladicot.

—Ya se lo he dicho—exclamó Enrique—. Yo no tomaré parte en este asunto. No creo que ganemos nada peleando.

—¡Pues venga esa pistola!

Se la quitó violentamente y se colocó junto a la ventana, para seguir ayudando a sus amigos.

## HACIA LA FRONTERA

**E**NRIQUE, en vista de que le obligaban a permanecer allí y ante el temor de verse envuelto en un escándalo y perder la ocasión de ocupar el puesto que tanto ambicionaba, decidió huir del vagón y entregarse.

Abrió la puerta sin que nadie pudiera impedirlo y sacó un pañuelo blanco. Mas apenas asomó recibió una herida en el pecho y rodó muerto sobre la vía.

Miss Froy se acercó al coche restaurante y llamó a Gilbert, diciéndole:

—¿Me permite que hable con usted un momento?

Gilbert entregó la pistola a Charters, diciéndole:

—Encárguese usted un momento de todo esto.

Miss Froy le dijo cuando estuvieron solos:

—Sólo quería decirle que debo partir.

—No podrá—le respondió Gilbert—. La matarían de un balazo.

—Tengo que arriesgarme. Escúcheme con atención. En caso de no tener suerte, y si usted logra escapar, quiero que lo lleve usted un mensaje al señor Callendar.

—¿Es usted espía?—exclamó Matilde extrañada.

Miss Froy sonrió bondadosamente y respondió:

—La palabra es un poco dura...

Y volviéndose a Gilbert le dijo:

—Se trata de una melodía. ¿Tiene usted un papel?

—No se preocupe—le dijo Gilbert—. Tararéela usted y me acordaré.

Miss Froy tarareó la misma melodía que cantaba el cantor la noche del hotel, y Gilbert la repitió sin equivocarse. Cuando ya estuvo segura miss Froy de que la sabía, ayudada por Gilbert, saltó por el otro lado del tren y huyó a campo traviesa.

Comenzaron a disparar sobre ella todos los asaltantes del tren y Gilbert creyó advertir que la habían herido.

Las municiones se acababan y Gilbert, en vista de lo apurado de la situación, les dijo:

—Escuchen, sólo nos queda una oportunidad para salir bien. Tenemos que hacer andar el tren, conducirlo de nuevo a la línea general y procurar ganar la frontera.

—No es fácil que los maquinistas nos obedezcan—dijo Cladicot.

Gilbert le enseñó la pistola y le dijo:

—Esto nos ayudará.

—Pues cuente conmigo—se ofreció Cladicot.

Los dos amigos se fueron hacia la máquina y los que acompañaban al doctor Pars, al ver sus intenciones, comenzaron a disparar sobre ellos.

Los maquinistas, en un principio se negaron, pero ante el argumento de la pistola de Gilbert, empezaron

a maniobrar. Desgraciadamente una bala suprimió a uno de ellos y poco después el otro caía también muerto.

—¿Sabe usted manejar esta máquina?—preguntó Cladicot.

—Yo vi cómo la echaban a andar... De todos modos, creo que sé alguna cosa... Una vez conduje una locomotora miniatura en el trayecto de un parque.

—Maniobre usted, mientras yo vigilo—le dijo Cladicot—. Que esos perros se nos vinen ya encima.

Gilbert comenzó a mover palancas, hasta que por fin el tren comenzó a andar hacia atrás.

Los que atacaban el tren, al ver que éste se ponía en marcha, corrieron a subir a sus coches, y desde la carretera siguieron al tren, tiroteándolo, hasta que aquél llegó a la frontera y Pars ordenó parar, diciéndole a la baronesa, que iba con él:

—Se ha hecho todo lo que se ha podido, señora.

Algunas horas después llegaban a la estación de enlace, y Cladicot exclamó alegremente:

—Todavía llegamos a tiempo de tomar el otro tren. Por lo menos veremos el último partido.

Mas en aquel momento pasó ante ellos un hombre con unas carteleras anunciando que habían quedado suspendidos los partidos, y los dos amigos se miraron, como si se quisie-



ran decir que para aquello habían pasado tantas peripecias.

Durante todo aquel trayecto, después de las emociones que habían experimentado y de la actuación de Gilbert, Matilde sintió por aquel hombre un sentimiento como jamás había experimentado.

Ella había sido una muchacha educada a la moderna, jamás se había detenido a pensar que podía enamorarse de ningún hombre, pero así y todo estaba convencida que lo que sentía por Gilbert no podía ser otra cosa que amor.

Hasta entonces todas sus amistades habían sido muchachos que no sabían otra cosa que hacer «gansadas» como ellos decían, pero que ninguno se había mostrado ante ella con aquella energía varonil de Gilbert. Todos se habían sometido a sus caprichos sin replicar, sin poner la menor objeción. Su fama de muchacha millonaria le daba margen para hacer lo que le venía en gana y para que todos aceptasen sus extravagancias con risas y plácemes, pero sin que ninguno se hubiera opuesto como lo había hecho Gilbert y menos aún imponiéndose a ella.

Durante un gran rato permanecieron los dos callados. Sin duda alguna los dos pensaban en lo mismo pero ninguno de los dos se atrevía

a expresar sus pensamientos. Varias veces estuvieron intentados de reanudar la conversación, pero siempre los detuvo el temor de descubrirse a sí mismo.

Por fin fué ella la que le dijo:

—Parece como si nos hubiéramos quedado mudos.

—No es para menos, después de lo que ha ocurrido—dijo él riendo.

—Pero ya ha pasado lo peor—dijo ella—. ¿No lo cree usted así?

—¿Quién sabe?—respondió él.

—¿Teme usted algo más?

—No—respondió secamente Gilbert.

—Entonces, ¿por qué dice usted «¿Quién sabe?»

—Pues porque en todos los viajes no se sabe cómo ha ido hasta que se llega al final.

—¿Y cuál será el final de éste nuestro?

—Eso no depende de mí—respondió con intención Gilbert.

—¿Y de quién cree usted que depende?

Gilbert le hubiera dicho que de ella. Que dependía de que ella deshiciera aquel casamiento y aceptase otro que él le ofreciera, pero ante el temor de verse rechazado se limitó a decir:

—Todo depende del Destino.

—Pero a veces se puede adivinar

algo del Destino... ¿No le parece a usted?

—Indudablemente. Pero yo me acuerdo de un cuento que puede muy bien adaptarse a nuestra situación.

—¿Lo piensa publicar entre sus bailes?—preguntó ella bromeando.

—De ninguna forma. Hay dos razones para que no lo haga.

—¿Y son?

—La primera, que el cuento no me pertenece porque no es mío.

—¿Y la segunda?

—La segunda, de que lo que se parece al cuento, no es mío sólo.

—Le creí a usted con más inspiración y no necesitar de otra persona para hacerlo.

—Es que no tiene más remedio que haber otra persona.

—¿Y no me lo puede usted contar a mí?

—Sí, ¿por qué no? Es una cosa bien sencilla y bien corta.

Matilde prestó atención y Gilbert comenzó a decirle:

—Era una vez... (ya ve usted que empiezo como se empiezan todos los cuentos) que había una muchacha muy inteligente, muy atractiva, una muchacha sencillamente encantadora...

—Como por ejemplo...—le interrumpió ella.

—Déjeme terminar y entonces

usted misma encontrará a esa persona que tanto se parece a la heroína de mi cuento—le dijo Gilbert.

—Siga usted—replicó Matilde, viendo que no había picado en el anzuelo que ella le había tendido.

—Pues como le decía, era una muchacha que reunía todos los encantos, pero tenía un gran defecto: el de creerse superior a todos los demás.

—¿Por qué?

—Pues porque era millonaria... Era una de esas princesitas del dólar que tanto abundan por nuestros días.

Gilbert hizo un corto silencio, como si quisiera acordarse bien de lo que iba a decir, y Matilde lo aprovechó para decirle:

—Siga usted. Empieza a intrigarme el cuerito.

—Continúo—volvió a decir él—Esta muchacha jamás había conocido el amor y creía que el amor era algo así como un vestido bonito, del cual se está enamorada una noche de baile y que después, al pasar de moda, se puede abandonar a capricho. Tuvo muchos pretendientes, pero ninguno fué aceptado por ella. Unos le parecían demasiado serios, otros le parecían demasiado tontos, otros carecían de personalidad; en una palabra, ninguno llegó a interesar a su corazón, hasta que su pa-

dre, en vista de ello, le escogió un muchacho diciéndole: «Con éste te debes casar». «¿Por qué?», preguntó ella. «Pues porque es el que más te conviene», volvió a decirle su padre.

—¿Y ella qué hizo?

—Sencillamente, le pidió algún tiempo a su padre para divertirse, prometiéndole que durante aquel tiempo lo pensaría.

—¿Y lo hizo así?

—Así lo hizo.

—¿Y aceptó?

—Claro que sí. Le dijo a su padre que estaba dispuesta a casarse con aquel hombre o con el que designara. Esto, desde luego, no satisfizo mucho al padre y le escribió una carta diciéndole que era una muchacha demasiado ligera y que tomaba el amor en broma. Ella le respondió que no creía en el amor y que ya que se tenía que casar que prefería que fuese él mismo quien eligiese el hombre.

—¿Y se casó?—preguntó con interés Matilde.

Gilbert sonrió ante aquella ansiedad en la muchacha, y después de encender su pipa parsimoniosamente, volvió a decir:

—Todavía no. Pero lo más extraordinario es lo que le ocurrió el día que recibió la carta de su padre.

Matilde no perdía una sola pala-

bra de cuanto decía Gilbert y preguntó sin poderse contener:

—¿Qué es lo que le ocurrió?

—Pues que después de leer la carta de su padre se quedó dormida. Soñó que era una princesita de esas de los cuentos de hadas. Posela un gran palacio y todos sus vasallos estaban sujetos al capricho de ella, ya que su mismo padre, el rey, no hacía otra cosa que lo que su hija le decía. En estas circunstancias le llegó la mayoría de edad. El Gobierno del país pensó que era hora de que la princesa eligiese esposo y así se lo comunicaron al rey. Este, como siempre, consultó el caso con su hija, aduciendo todas las razones que pudo para convencerla. La princesa pareció convencerse, y al día siguiente, el rey dio la conformidad al Gobierno para que buscasen un príncipe que satisficiera los deseos de la princesa, la cual había impuesto una condición para casarse.

—¿Una condición?—preguntó Matilde.

—Sí, la de que el príncipe que tenía que ser su esposo había de comerse en presencia de ella una granada sin que se le cayera un grano al suelo.

—¡Pero eso es imposible!—exclamó Matilde.— ¡Debía estar loca!

—Fíjese que tan solamente era un sueño.



—Sí, es verdad—respondió ella.  
—No me acordaba ya.

—Pues bien, corrió la noticia por todos los reinos y empezaron a llegar príncipes dispuestos a someterse a la prueba que exigía la princesa para ser su esposa. Ninguno de ellos consiguió lo que ella pedía, y la princesa se alegraba de no perder su libertad. En vista de ello, se pensó en otros que no fueran príncipes y así se fué descendiendo hasta anunciar que la princesa se casaría con el hombre que se comiese una granada sin que se le cayera un grano.

Gilbert calló nuevamente para encender la pipa, que se le había apagado, y Matilde le instó:

—Siga usted, por Dios. Es un cuento muy interesante.

—Pues nada, que fueron desfilando pretendientes y fueron fracasando todos. Por fin se presentó un día un pordiosero. Era un hombre joven, de buena figura, de mirada inteligente... Nadie le quería dejar entrar en palacio, pues su indumentaria no era la más a propósito para pretender la mano de la princesa. Mas tanto insistió él en el derecho que le daba aquel anuncio buscando un pretendiente para la princesa, que al fin le concedieron la entrada. La princesa, al verlo, sintió hacia él un sentimiento de simpatía, pero al

ver que se trataba de un pordiosero, sin fortuna ni oficio alguno, pensó inmediatamente en rechazarlo. Le trajeron la granada y después de mirarla detenidamente la abrió y empezó a comerla. Estaba ya a punto de terminar, con gran asombro de cuantos presenciaban la prueba, y entonces tuvo la desgracia de que se le cayera un grano. Fué rápido y lo sujetó con la barbilla, lo tomó con la lengua y se lo comió, así como el resto de la granada. Había ganado la prueba, pero el orgullo de la princesa se avería malamente a casarse con un hombre como aquél. Pensaba ella en el papel que haría su presencia en los salones, lo que dirían las otras princesas al verla casada con un hombre de aquella condición social, y tuvo una inspiración para poderlo rechazar. Dijo que el grano que había cogido con la barba no servía y que había perdido la apuesta.

—¿Y no se casó?—preguntó Matilde.

—Ya le digo que lo rehusó.

—¿Pero no le era simpático?

—Sí, pero era pobre—dijo Gilbert.

—¿Y qué pasó después?—preguntó Matilde.

—Pues pasaron dos años y hubo una gran guerra. En esta guerra intervino aquel país y la perdió. La



princesa quedó convertida en una pobre huérfana sin fortuna de ninguna clase. Como había sido tan orgullosa, nadie quiso auxiliarla y tuvo que llegar a mendigar una limosna. Y un día se la encontró el mismo mendigo que había hecho la prueba de la granada. Era otro hombre, lo mismo que ella había descendido, él había ganado con su trabajo una fortuna. Entonces fué ella quien comprendió el error que había cometido desdeñándole, pero él era bueno y volvió a proponerle que se casara con él. Pero en aquel momento se despertó la muchacha y pensando en el sueño que había tenido, se puso inmediatamente a escribirle a su padre, diciéndole que ella misma buscaría al hombre con quien había de unirse, porque ya creía en el amor.

Matilde comprendió el porqué de aquel sueño y calló sin atreverse a responder. Gilbert se recostó sobre el asiento y siguió fumando tranquilamente. Comprendía lo que pasaba por el interior de la joven y no quería distraerla. Estaba seguro que después de lo que le había dicho sostenía ella una lucha consigo misma y que se situaba en el mismo lugar que la princesa del cuento.

Esperaba él que en un momento de sinceridad ella le abriese su corazón y se lo mostrase tal como era.

No podía creer que aquella muchacha que tanto interés había demostrado por una persona a quien no conocía, por aquella señora Froy, cuya desgracia la había puesto en trance difícil, pudiera tener un corazón tan frívolo que no conociera lo que era el verdadero amor. Indudablemente, Matilde tenía que ser diferente, tenía que ser una mujer sensitiva a quien el amor haría cambiar de vida si encontraba el hombre que supiera hacérselo sentir. Y para él, la mayor dicha de su vida era el ser ese hombre precisamente que hiciera nacer en ella una pasión sincera, sin miras interesadas.

El tren entró en la estación, y Gilbert le dijo:

—Ya llegamos.

—Sí, ya llegamos — respondió ella, no sin poner en sus palabras cierto pesar.

—Ahora es cuando podemos decir que nuestro viaje ha sido casi feliz — le dijo Gilbert.

—¿Lo cree usted? ¿Ha olvidado ya todo lo ocurrido?

—No — exclamó el joven —. A mí me cuesta mucho trabajo olvidar nada. Además, este viaje no lo olvidaré en mi vida. ¡Han sucedido tantas cosas!

Matilde no respondió. El tren había ya parado y fué recogiendo su equipaje para apearse de él. Sabía

que la esperaba su prometido en la estación, y aquella idea llegó a molestarla. Gilbert la ayudó a recoger todas sus cosas y se dirigieron hacia la portezuela del coche.

Matilde, al bajar del coche, se despidió de Gilbert, diciéndole:

—Ya estamos en casa, Gilbert.

—¿Habrá venido Charles a recibirla?

—Eso espero—dijo ella.

—¿Estará usted muy ocupada de aquí al jueves?—le preguntó él.

—Si quise usted que nos encontremos para comer o cenar juntos, creo que podré arreglármelas para ello.

Gilbert sonrió con tristeza y le respondió:

—No quise decir eso. Yo, tan pronto como cumpla el encargo de miss Froy, me marcharé al campo para terminar allí mi libro.

Matilde, indignada por aquella respuesta, subió al taxi, diciéndole:

—Comprendo... Estaba equivocada.

Pero antes de que se diera cuenta, subió tras ella Gilbert y se dio cuenta de que un tío largo y desgarbado buscaba a alguien. Tuvo la

impresión de que aquél era Charles y le preguntó:

—¿Es aquél Charles?

—Sí—le dijo ella—, pero es usted un egoísta sin corazón y de lo más cruel que he visto. Es usted...

No pudo terminar la frase, porque Gilbert la estrechó en sus brazos. Ella intentó oponerse, pero pronto los suyos atenazaron el cuello de Gilbert y sus bocas se unieron en un beso.

Aquella misma tarde fueron los dos en busca de Callendar.

Mientras esperaban ser recibidos en la oficina de información que era el lugar que les había indicado miss Froy, Gilbert exclamó:

—¡Dios mío! ¡He olvidado la canción!...

Pero hasta ellos llegaron las notas de un piano que tocaba la misma melodía, y cuando se abrió la puerta para dejarles pasar, vieron que era la propia miss Froy quien la estaba tocando y que les dijo:

—Ya les anuncié que volveríamos a vernos...

Y sonriendo a los dos jóvenes comenzó nuevamente a tocar el piano aquella melodía que había sido la causa de tantos incidentes.

FIN

# Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

## EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la flota . . . . .	C. Rogers
Ritmo loco . . . . .	F. Astaire
El ballarín pirata . . . . .	Charles Collins
Mamá se casa . . . . .	Lil Dagover
María Estuardo . . . . .	K. Hepburn
Melodía de Broadway . . . . .	Robert Taylor
Los dos pilloles . . . . .	Jacques Tavit
Apuesta de amor . . . . .	Gene Raymond
Vuelta de Arsenio Lupin . . . . .	Warren William
Forja de humberas . . . . .	Mickey Rooney
Héctor Fierabraca . . . . .	Gino Cervi
El mundo a sus pies . . . . .	Lily Pons
Sepultada en vida . . . . .	A. Nazari
Una pareja invisible . . . . .	C. Bennett
La mujer sin alma . . . . .	C. Grant
El dominio verde . . . . .	John Boles
Damas del teatro . . . . .	Danielle Darrieux
Detective y compositor . . . . .	Kath. Hepburn
Señorita en desgracia . . . . .	Zasu Pitta
Defensores del crimen . . . . .	Fred Astaire
Aventura Pampadour . . . . .	Richard Dix
El poder invisible . . . . .	Kate de Naji
Melodía rota . . . . .	Boris Karloff
Titanes del mar . . . . .	Willy Singel
Cupido sin memoria . . . . .	Victor McLaglen
María Ilona . . . . .	Ann Sothern
Posada Jamaica . . . . .	Paula Wessely
El caso Vero . . . . .	Charles Laughton
Pygmalion . . . . .	Clive Brook
Quisiera de Hollywood . . . . .	Leslie Howard
Alarma en el espacio . . . . .	Joan Fontaine
Los tres vagabundos . . . . .	M. Rodgrave
	Hainz Ruhlman

## BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla . . . . .	Miguel Ligeró
La reina mora . . . . .	María Aron
Rinconcito madrileño . . . . .	P. G. Velázquez
Matía de la O . . . . .	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero! . . . . .	José Boviata
La canción de Aixa . . . . .	J. Argentina
El barbero de Sevilla . . . . .	Miguel Ligeró
Eran tres hermanas . . . . .	Lucita Gargallo
Bohemius . . . . .	Enrila Allaga
Melodía de arrabal . . . . .	I. Argentina
Don Floripondia . . . . .	C. Gardel
En busca de una canción . . . . .	Valeriano León
Los hijos de la noche . . . . .	Luchy Soto
Leyenda rota . . . . .	Miguel Ligeró
Crimen de medianoche . . . . .	Juan de Orduña
	Ramón Pereda

Marringala . . . . .	Niño Manchera
Ráptame usted . . . . .	Celia Gámez
Unidad tiene ojos de mu- jer fatal . . . . .	R. de Sentmenat
Tierra y cielo . . . . .	Marucha Fresno
Jai-Alai . . . . .	Inés de Val
¿Quién me compra un sol? . . . . .	Marusa Tomás
Sal de Valencia . . . . .	Marucha Gómez
Alas de paz . . . . .	Lois de Yolois

## SERIE ALFA

2'50 Ptas.

Sabú, Toomay de los elefantes . . . . .	Sabú
Tú cambiarás de vida . . . . .	M. Rodgrave
Carmen, la de Triana . . . . .	I. Argentina
El sobre lacrado . . . . .	L. Gargallo
La Deloresa . . . . .	Rosita Díaz
La Millona . . . . .	R. de Sentmenat
Suspiros de España . . . . .	Miguel Ligeró
Gloria del Montevideo/Las de Arguin . . . . .	M. de Diego
El octavo mandamiento . . . . .	Lina Yegros
Rumba al Cairo . . . . .	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo . . . . .	Antonio Vico
Las dos niñas de París . . . . .	C. Bingham
Molinos de viento . . . . .	Pedro Terol
¿Es mi hijo? . . . . .	Lil Dagover
La última avanzada . . . . .	Corv Grant
Vacaciones Juan Harvey . . . . .	Mickey Rooney
Margarita Gautier . . . . .	Greta Garbo y Robert Taylor
La elegía de la huerta . . . . .	Flora Santacruz
Mortal sugestión . . . . .	Ann Harding
Una chica insoportable . . . . .	Danielle Darrieux
Baje manto de la noche . . . . .	Edmund Lowe

## SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la luna y al limón . . . . .	Miguel Ligeró
La Parrala . . . . .	Marusa Tomás
La Pelonera . . . . .	Juan Monfort
Verbena . . . . .	Marusa Tomás
Rosa de Africa . . . . .	Rafael Medina
Noche de engaño . . . . .	Amadeo Nazari
Cautivo del desierto . . . . .	Leslie Howard

## BIOGRAFÍAS DEL CINEMA

1'25 ptas.

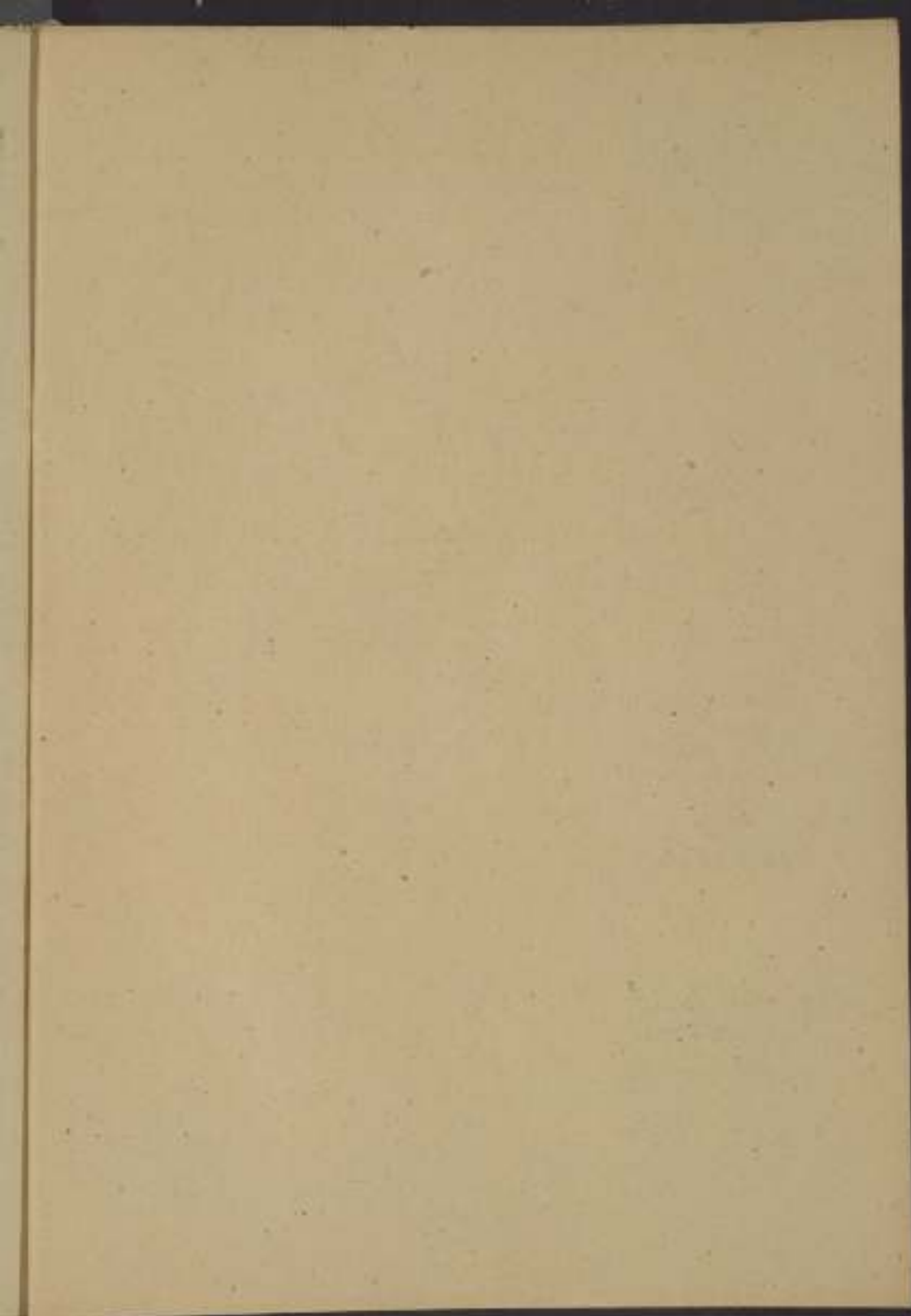
Imperio Argentina . . . . .	Miguel Ligeró
Estrellita Castro . . . . .	Melvyn Douglas
Alfredo Mayo . . . . .	Antonio Vico
Manuel Luna . . . . .	

PRECIOS A

EDITORIAL «ALAS».

Apertado 707.

BARCELONA







## CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

(El primero en su género y el que todos imitan)

Primer número de **CANCIONERO**: Carlos Gardel 30 octubre 1931

Precio: 2'50 pts.

### CONCHITA PIQUER

Tatuaje - La Lirio - La Canencia - Almudena  
Dime que me quieres - Eugenia de Montijo  
No me llames Dolores - La niña de la es-  
tación - Etc.



### MARUJA TOMAS

Lola Montes - Yedra - La Chiquita Pisonera  
Farolero - Bebe y Bebe - La niña de la Ven-  
tera - Caravana - Doña Luz - ¿Qué te pasa,  
Trinidad? - Te lo juro yo - Etc.

### MARCOS REDONDO

El Diva - La Tabernera del Puerto - La rosa  
del azahar - La del manojito de rosas - El  
cantar del arriero - Luisa Fernanda - La  
Parranda - Los pavilanes - Etc.

### IMPERIO ARGENTINA

Goyetas - Carmen - Aixá - Melodía de  
arabes - Su noche de bodas - La mejor es  
vivir - Morena clara - La hermana San Sul-  
picio - Etc.



### RAFAEL MEDINA

Dulces recuerdos - Perdóname - Angelita  
Soñar otra vez - Benchero soy - Presen-  
timiento - Tango de amor - Al son de la  
marimba - Horas felices - Noches del trópi-  
co - Llegó el amor - Mari-Sol - Etc.

### ESTRELLITA CASTRO

La escuela de Luis Candela - Romance morri-  
co - La Camelia - Los misterios de Tángier  
La danza del fuego - Blanca Paloma - Ma-  
drid de mis sueños - Etc.



### CONCHITA PIQUER

(ESPECTACULO 1931)

Vengo de Lisboa - Ropa tejida - La rosa  
de la bahía - Yo no me quiero enterar - Ro-  
mance de los siete niños - Etc.



## EDITORIAL



## "ALAS"

